

mi humilde óbolo á la obra de nuestro progreso y bienestar, llamando la atención sobre los trabajos que, como el Cardenal Cisneros, merecen un lugar mas ó menos preferente entre los pocos ó muchos libros que posea todo ciudadano español.

MANUEL FERNANDEZ MARTIN.

Madrid 23 de abril de 1869.

Poesía.

LOS DOS AMANTES.

DEL LIBRO INÉDITO EL «ROMANCERO DE NUMANCIA.»

No han de ser todos horrores
Ni todo sangrientos lances,
Que la mente se fatiga
Y hasta el ánimo decae.
Reparando esto tan solo
Su vista vuelve á otra parte
El narrador entusiasta
De encarnizados combates.
Y aparentando gozoso
Dar al olvido un instante
Los lastimeros sucesos
De ya pasados desastres;
De Numancia los apuros
Y del ausón el coraje
Que á su orgullo sobrepuja
Con tanto contrario lance,
Hoy va á pulsar el salterio
Por ver si logra inspirarse
Y afectos dulces del alma
Cantar con pulido arte.

Dentro de Numancia vive
Como en su nidál el ave,
Una niña de quien cuentan
Que es mas que mujer, un ángel.
Lo mismo que el pajarillo
Tiene amador que lo guarde
Entre las plumas del nido
Si el vuelo tender no sabe,
La niña tiene por suerte,
Tambien solícito amante
Que en tanto sea inexperta
La sostenga y la resguarde.
El pajarillo aquí, es niña,
Y es el amador su padre,
Que la madre dejó el mundo
Porque ella sola reinase.
Con estas bellas figuras
Poneros quiero en enlace,
Que aunque el rubor de la niña
Como los celos del padre
No se atrevan con extraños
En amistad á enlazarse,
Con vosotros, mis lectores,
Harán relacion, y grande,
Si aprovechais el momento
En que dos mancebos la hacen.
Los dos aman á la niña
Con un cariño inefable,
Y son los dos quien motivan
Este sencillo romance,
Que por distraer los ánimos
Relata el cantor errante.
Para esclarecer la historia
Bien será digamos antes
Quiénes eran los mancebos
Y la doncella y el padre.
Oriamon, dicen al uno,
Y es notado lo bastante
Por su inclinacion á Elida,
La niña cándida, el ángel
Que ni dió expansion al alma
Ni el pecho sintió inflamarse
Por mas amor que el purísimo,
El filial y perdurable
Que dióle en la cuna á Aluro
El esposo de su madre.
El otro que por Elida
En fuego de amores arde,
En la ciudad es nombrado
Marceo, el prudente, el grave.
De Aluro las cualidades
Y el arraigo, bien se saben,
Y que los dos pretendientes

Tienen tantas, si no iguales,
Lo dice aspirar entrambos
De Elida, al favor de amantes.
Como consecuencia, Aluro
Varon demás razonable,
Que en Numancia tiene fama
Por lo que supone y vale,
De los pretendientes viendo
La solicitud constante,
Aunque el favor estimando
Seguramente no sabe
A quien predilecto acoja,
A cuál hijo, ha de llamarle;
Que son los que solicitan
De pundonor tan gigante,
Que es fijo que al decidirse
Uno habrá de querellarse.
Por esta razon á Elida
Pregunta amorosa le hace
Para inquirir si su pecho
Por amor alguno late.
Mas es para la alba niña
La interrogacion en balde,
Que aunque en sus sueños ha visto
Figuras vagas, flotantes,
De esas que la mente forja
Con seductoras imágenes;
Aunque el alma haya sentido
Con deseos incitantes,
Y en esencia misteriosa
Su corazon impregnarse,
Esos sueños amorosos
Y esa aspiracion constante
Que en corazon sencillo
Del adolescente nacen,
Solo son dulces vajidos
De la mente impresionable.
En ninguno fijó Elida
Miradas tan penetrantes
Que el alma dejara presa
Del dios Cupido en la cárcel
Y si de Oriamón le agrada
La gallardía y donaire,
La majestad imponente
De Marceo bien le place.
Así discurre la niña
Y así lo dice á su padre:
Vuestra voluntad es mia,
Con gran turbacion le añade.
Escogedme por esposo
De los dos quien mas os cuadre,
Que yo aceptaré contenta
Quien nuestro celo señale,
Como mejor y mas digno
Para honrar vuestro linaje.
Esto oido por Aluro,
Suspenso quedó un instante,
Dando alimento á una idea
Que en su pensamiento nace,
Y que al punto á los mancebos
Se la comunica afable.
Los dos pretendéis — les dijo —
Con solicitud de amantes
De mi Elida regalada
Favores que mucho valen.
Mereceis mi mejor joya,
Pues yo sé, y aquí se sabe,
Que como Aluro, vosotros
Teneis tambien noble sangre.
Mas pensad que no es posible
Partir en dos un diamante,
Ni á la hija de mis entrañas
A la par dos dueños darle.
Si la deseais, oidme:
Que aunque arriesgado es el trance,
Es bien que el que á dicha aspira
En merecerla se afane.
Tiene enemigos Numancia
Que hoy la asedian y combaten,
A los que olvidar no deben
Enamorados galanes.
Pues bien, aquel de vosotros
A quien el valor no falte,
Para salir de Numancia
Cuando desmaye la tarde,
Y en el campo de Mancino
No vacile en internarse:
Quien con el alba á otro dia
Primeramente tornare
Trayendo como trofeo

De aventurado espionaje
La mano de un legionario
Goteando fresca sangre
Y arrancada de su tronco
Frente á frente y en combate,
A aquel le daré mi hija,
De ese, honraréme ser padre.
La resolucion que tomo
Reparad si os satisface;
Pensadlo, Oriamón, Marceo,
Porque es ella irrevocable.
Ante tal resolucion
Y excusando el contestarle,
Al campamento enemigo
Los enamorados parten.
Esperando ambos el triunfo
Corren los dos anhelantes
Atravesando ligeros
Hondos, fantásticos valles,
Montañas ennegrecidas
En cuyos picos gigantes
Borda la luz, los postreros
Resplandores de la tarde.
¡Allá van! por la llanura
Aluro los ve alejarse
Sintiendo ya que en su alma
Los remordimientos nacen,
Pesaroso de exponerlos
A muerte casi probable.
Mas del anciano las quejas
Las oye tan solo el aire
Y entre tanto los donceles
Se aproximan á los reales,
La daga fija en la diestra,
La sonrisa en el semblante
Y el pensamiento en aquella
Por quien su amor va á probarse.
De la noche entre las sombras
Inquietos van deslizándose,
Y sin escuchar mas ruido
Que el del corazon que late.
De un montecillo en la cumbre
Miradles quietos, miradles;
Desde él todo el campamento
De Roma ha de dominarse.
Sin duda los dos mancebos
El medio estudian mas hábil
De allí penetrar burlando
Al centurion vigilante.
Vacilan... ¿qué les detiene?
¿Por qué se les ve inmutarse?
Al éter alzan la vista
Nublada en feroz coraje
Y gritan, ambos airados:
Parad, no escapeis, cobardes.
¡Ay! que Mancino y los suyos
Han levantado los reales;
¡Ay! que los miran ya lejos
Veloces cruzando el valle.

Sueños de amor y de gloria
El que os huye, bien hace;
Vosotros abris el alma
A esperanzas inefables,
Y luego dejais en ella
Solo quebrantos y males.
Mirad á los dos mancebos,
Mirad qué mustio semblante,
Los dos esperaban dichas,
Los dos recogen pesares.
¿Cómo á la ciudad se tornan?
¿Cómo á Aluro satisfacen?
¿Y cómo dicen á Elida
Sin que dejen de humillarse,
Que es imposible la empresa
Cuando imposibles no caben
En intentos amorosos
De apasionados galanes?
Lo que hicieron los mancebos
El tiempo quizá lo aclare,
Aunque la historia lo encubra,
Y el trovador hoy lo calle
Para seguir relatando
Encarnizados combates;
Para dar fin al poema
De sucesos tan gigantes.

A. P. RIOJA.

La Exposición

DE BELLAS ARTES DE 1869.

VENDEDOR AMBULANTE EN EL CAIRO.
— UNA BOTELLA DE CHAMPAÑA. —
CLEOPATRA DELANTE DE CÉSAR.

M. Gerôme es el autor del primero de los cuadros que reproducimos, y que tiene por título: *Vendedor ambulante en el Cairo*.

Aquí nos encontramos en algún rincón de la ciudad musulmana del Cairo, en el fondo de alguna callejuela estrecha y obstruida por los grupos de ociosos, y donde los perros errantes andan en busca de alimento.

En primer término aparece un vendedor ambulante, uno de esos tipos que todavía se hallan en Oriente, que llevando en una mano una larga escopeta árabe, y en la otra un viejo casco morisco, y sobre los hombros algunos harapos de variados colores, circula por las calles gritando sus mercancías.

Todo en este cuadro está pintado con una verdad, una precisión y una seguridad de mano que revelan el talento de un maestro para quien no existen dificultades de ninguna especie.

M. Schlessner nos muestra hoy en la *Botella de Champaña*, una familia de aldeanos de la Selva Negra que sin duda celebra algún cumpleaños.

Acaban de traer la botella de champaña, cuya alegre detonación debe servir de coronamiento a la fiesta. Todo el mundo prepara su copa, y por la traza cómicamente anhelante de cada individuo, y por la imponente gravedad con que el abuelo hace saltar el corcho, se puede conocer cuán solemne es el momento.

El autor ha prodigado en este lienzo todo su talento de costumbre: las figuras que entran en su composición tienen todas ellas una verdad de expresión que hace asomar a los labios una sonrisa involuntaria.

La estatua que reproducimos también, obra de M. Clesinger,



EXPOSICION DE 1869. — *Vendedor ambulante en el Cairo*, cuadro por M. Gerôme.

representa a *Cleopatra delante de César*.

Propónese la reina de Egipto subyugar al vencedor del mundo, y para ello recurre a todos los artificios de la coquetería. Quiere aparecer rica, como si no fuera hermosa, y para añadir a su gracia natural un encanto extraño, se engalana como la diosa Isis.

Cleopatra estaba familiarizada con esos disfraces.

El áspid sagrado asoma por encima de su régia diadema; y su delicado cuello está adornado con un ancho collar de precioso esmalte. Un cinturón del mismo trabajo sujeta a sus caderas la calasiris de pliegues acanalados sostenidos con botones de zafiros. Entre los dedos de su mano derecha tiene una flor de loto hecha de esmalte. Cleopatra ha vaciado su exótico estuche, cuyo lujo singular puede excitar la hastiada afición del César romano.

Todas esas joyas, bien estudiadas bajo el concepto arcaico y de una ejecución finísima, son de M. Froment Meurice.

La Cleopatra de M. Clesinger no solo está adornada con alhajas, sino que está pintada. Las carnes han recibido una ligera coloración rosada, la calasiris es verde, y el cabello y los ojos tienen también sus correspondientes matices, para que en esta interesante prueba de estatuaría policroma, la pálida frialdad del mármol no contrastase demasiado con el brillo del oro y los esmaltes.

P. P

Romería de Saint-Fort

EN LA CAPILLA DE SAINT-SEURIN EN BURDEOS.

Todos los años por el mes de mayo la feria de *Saint-Fort* trae consigo una piadosa romería y una magnífica exposición de flores. La capilla subterránea del santo se encuentra en la iglesia de Saint-Seurin, que según los antiguos cronistas y los arqueólogos, es anterior a todas las demás iglesias de Burdeos.



EXPOSICION DE 1869. — *Una botella de Champaña*, cuadro por M. Schlessner.

No pudiendo entrar aquí en largos pormenores sobre la bóveda de Saint-Fort, donde se dice estuvo en otro tiempo la tumba del célebre Roldan, nos limitaremos á decir que siempre ha sido objeto de gran veneracion para los fieles, y que quizás no hay en Burdeos un solo niño católico á quien no le *pasen* por la tumba del santo sus padres ó su nodriza, en la certeza de que esa lápida sepulcral le dará la fuerza y la salud.

Las antiguas crónicas del pais mencionan frecuentemente esta piadosa costumbre, que existe todavía tan viva y ardiente como pudo existir en los pasados siglos, entre las madres girondinas.

C. DE L.

Usos y costumbres.

LOS CHINOS.

Mucho se ha hablado de la China, y sin embargo, puede decirse que es pais que está por conocer todavía. En este artículo nos vamos á ocupar rápidamente de lo relativo á los usos y costumbres, y principiaremos por la educacion de los chinos.

La educacion de los niños y las niñas está confiada á las mujeres, hasta que aquellos se hallan en estado de ir á la escuela, y las otras llegan á la edad de pubertad, y en todas las épocas bajo la direccion del padre. Los chinos tienen un método excelente para educar á sus hijos, y las leyes no solo conceden á los padres una ilimitada autoridad sobre aquellos, sino que los obligan á darles educacion; y si algun hijo comete algun yerro y no tiene el padre la entereza suficiente para castigarlo, tiene que sujetarse él mismo á la pena merecida por el hijo.

El libro de los *Ritos*, empezando por la educacion física de los niños desde que nacen, tolera las nodrizas, pero impone á las madres grandísimas precauciones en la eleccion. Cuando cumplen los varones la edad de seis años,

se les enseña la numeracion mas obvia y los nombres de las principales partes del mundo; á los siete se les separa de sus hermanas, y no se les permite comer ni sentarse en su presencia; á los ocho se les enseñan los deberes de la sociedad, y á los diez les envian á las escuelas públicas, donde aprenden á leer, escribir y contar: llegados que son á los quince, les enseñan la música, y todas las canciones son conceptuosas y morales. Pasada esta edad, se les permite entregarse á los ejercicios del cuerpo, y se amaestran en tirar el arco y cabalgar. A los veinte años, reciben el primer grado doctoral, si los juzgan dignos de obtenerlo, pudiendo usar ya entonces pellicizas y vestidos de seda, en vez de los de algodón que llevaban anteriormente

Los chinos tienen el método de poner á la vista de los niños los objetos cuyos nombres quieren que aprendan, como una mesa, una silla, etc. En cada aldea se encuentra un maestro para enseñar á la juventud las letras y las ciencias, de manera que hasta los escritores mas enemigos de los chinos han tenido que confesar que hay en la China mayor número de personas que en Europa que saben leer y escribir.

Las personas pudientes que quieren dar mejor educacion á sus hijos, tienen maestros particulares en sus casas para instruirlos, acompañarlos, enseñarles la historia, legislación y labrar su corazón para la virtud. Estos profesores gozan de gran privanza en la China; su empleo es honorífico y pagado una mitad mas que en Europa; los discípulos profesan suma obediencia y acatamiento á estos maestros, sin extrañar el verlos luego ascendidos á la gerarquía de vireyes.

Cuando se hallan ya cabalmente instruidos los colegiales, van á examinarse á una ciudad de tercer orden, donde el gobierno envia un comisionado para presidir los exámenes; hay veces que el número de examinados asciende á seiscientos; pero despues del primer examen, quedan reducidos á cuatrocientos, y estos reciben el



EXPOSICION DE 1869. — Cleopatra delante de César, estatua de mármol por M. Clesinger.



BURDEOS. — Ceremonia celebrada el día de la fiesta de Saint-Fort, en la capilla subterránea de la iglesia de Saint-Seurin.

nombre de *Hien-Ming*. El segundo exámen se hace por el gobernador de una ciudad de primer orden, y de los cuatrocientos *Hien-Ming*, solo salen aprobados á veces ciento, que toman el nombre de *Fu-Ming*. Pero no son estos los únicos exámenes á que deben sujetarse los estudiantes. Un comisionado venido de Pekin va recorriendo las provincias y hace dos exámenes en cada ciudad crecida, uno en la primavera y otro en el invierno, empleando tres años en el desempeño de su encargo. Todos los citados *Fu-Ming* deben presentarse al mismo, para hacer alguna composicion delante de él: se cela que nadie lleve libros, ni tenga el menor roce con los examinadores. De los doscientos concurrentes se escogen quince que reciben el título de *Sien-Tsay* ó bachilleres; mas para obtener este grado, hay que hacer diez composiciones, y no pueden eximirse mas que por luto ó enfermedad; este acto es tan arduo, que muchos prefieren comprar el grado *Kien-Seng*, que se logra mediante mil escudos, aunque nunca es tan honorífico como el otro.

Estos titulares deben reunirse cada trienio en la capital de la provincia, para hacer oposiciones al título de *Kiu-Sin*, presidiendo sus exámenes dos mandarines enviados expresamente de Pekin.

Esto es lo que se practica tocante á la educacion literaria de la juventud. Los que se dedican á la milicia deben sufrir otros exámenes y adquirir títulos análogos á los literatos; deben saber tirar el arco, montar á caballo y dar muchas pruebas de brio y agilidad. Poco queda ya que decir acerca de la educacion de los jóvenes chinos; solo advertiremos que se pone mucho conato en inspirarles el amor al retiro, á la modestia y silencio. Si son ricos, les enseñan además la música y el recamo.

El ceremonial de la China se puede conceptuar fundadamente un código de leyes invariables. Desde el primer personaje de las clases elevadas hasta el último individuo de las menesterosas, sabe cada cual el tratamiento que debe dar y recibir, los honores que debe tributar y que le son debidos, sin atreverse á alterar lo mas mínimo. Persuadido el gobierno de que el esmero de los ciudadanos en la observancia de estos deberes mantiene la paz y el orden en el Estado, procura, por cuantos medios tiene á su alcance, conservar y hacer respetar las consideraciones que corresponden á cada uno.

El emperador, como dueño supremo, tiene derecho para exigir homenaje y sumision de sus súbditos, debiendo arrodillarse todos en su presencia; todo lo suyo se mira como sagrado, y cuando se le habla debe orillarse el lenguaje vulgar. De tan extremado rendimiento al emperador procede el que naturalmente profesa el pueblo á los mandarines y superiores, quienes exigen de sus inferiores el mismo respeto que ellos están obligados á mostrar al emperador.

Cuando se encuentra un plebeyo con un mandarin, al momento se cuadra, y tiene los brazos colgantes y la cabeza algo inclinada, y se guarda bien de saludarle. Cuando se trata despues de hablar á un mandarin de alto grado, ó de presentarle un memorial, hay que ponerse de rodillas, hacer tres cortesías bajando la cabeza, y exponer la demanda en aquella postura; y si el suplicante es persona fina, le manda el mandarin levantar, y poniéndose un poco aparte, se expresa quedándose en pié. Cuando se habla ante quien ocupa un empleo, exige la urbanidad que se ponga la mano delante de la boca y que se incline respetuosamente.

Si se encuentran dos chinos de igual condicion, se bajan uno hácia otro dándose las manos por detrás y la estrechan con ahinco; pero siendo las personas de grado superior, se dan las manos por delante y las levantan y bajan una y muchas veces, inclinándose en extremo y repitiendo las palabras *Tsin-Tsin*, yo te saludo. Regularmente los mandarines sortean todo encuentro; pero cuando les es imposible, sale de su silla el mandarin inferior, ó se apea saludando cortésmente al otro. Mas si los mandarines son de igual condicion, quédanse en sus asientos y se saludan de paso, y si llega el caso de encontrarse los dos á pié, es entonces larguísimo el ceremonial, pues que exige la buena crianza el procurar no ser el primero en despedirse.

Las visitas que se hacen á los gobernadores de la ciudad van siempre acompañadas de regalos, mas ó menos cuantiosos, á los que se añade una caja barnizada, con realce de flores de oro, y dividida interiormente en diez ó doce casillas, llenas de varias confituras. En el segundo tomo del *Du-Halde* se leen las largas ceremonias que acompañan á esta visita.

Cuando ha sobresalido un gobernador en justicia, celo y bondad, para darle un testimonio los letrados del pais del aprecio general que disfruta, mandan hacer un vestido compuesto de cuadritos de raso de varios colores que representan todas las naciones que gobierna, y el día de su cumpleaños le presentan aquel don con gran ceremonia, al son de varios instrumentos de música. Despues de haber demostrado el mandarin alguna dificultad en aceptarlo, declarando que no ha merecido tan sumo obsequio, cede á las súplicas del pueblo y se lo pone; pero no lleva este vestido mas que una vez, y se conserva preciosamente en la familia como un distintivo y blason eminente.

Una visita en la China es asunto de suma entidad, que requiere ciertos preliminares desconocidos en Europa. Cuando un chino quiere hacer una visita á alguno, tiene que enviar un cumplimento y el propio nombre contenido en un billete de papel encarnado y plegado, con un pedacito triangular de papel dorado puesto en la última hoja. Si se rehusa la visita, se devuelve el billete, y se hace saber al que lo envia, que no se tome

la molestia de salir de la silla, enviándole un billete semejante; si despues se recibe la visita y el que la hace es del mismo grado, es entonces eterno el ceremonial.

En todos los patios que preceden á los aposentos, hay tres puertas, donde comunmente se disputa sobre nobleza, porque el que llega no quiere pasar por la puerta de en medio; pero es menester que finalmente consienta en ello, mientras que la persona que recibe la visita entra por una de las puertas laterales. Llegados los sujetos al aposento, despues de haber hecho algunos cumplimientos para ofrecer una silla, se sientan al fin, manteniéndose fijos con las manos en las rodillas, y con los piés puestos á igual distancia de la silla se están inmovibles con ademan circunspecto.

Los chinos ofrecen siempre té en las visitas, pero no se sirven de él á nuestro modo; sino que ponen hojas de té en una taza de porcelana, y vertiendo en ella el agua hirviendo, la cubren y presentan la taza en una fuente ó especie de navecilla hecha de cobre. Se ha de tomar la taza con ambas manos, y beber poco á poco; si se echa azúcar, se vuelve á tapar para mover el té, porque los chinos no usan cucharas. Abreviense estas ceremonias cuando son de igual condecoracion visitante y visitado; pero si uno de los dos es de mayor gerarquía, entonces se van redoblando sin término. Si se añade alguna dádiva á la visita, hay que hacer luego en el billete de visita una descripcion de todos los regalos uno por uno, é irlos entregando á los criados del amo de casa, quien los acepta todos ó en parte, escribiendo en la nota lo que se retiene y lo que se devuelve; raras veces sucede que nada sea aceptado, por ser descortesía y aun agravio el rehusarlo todo.

Hasta las cartas de los chinos requieren allá ciertas formalidades por parte de las personas á quienes se escriben: si es á persona visible, se hace forzoso valerse de un papel blanco que tenga de diez á doce pliegues, empezando la carta en el segundo, y escribiendo la firma en el último; la letra mas ó menos abultada, las expresiones que se han de usar, la distancia que debe mediar entre los renglones, todos son puntos ya pautados, segun la gerarquía del personaje á quien se escribe.

Los ancianos ocupan siempre el lugar mas honorífico, que, si bien es la derecha para los chinos, para los tártaros es la izquierda.

Hay que notar además que los chinos, así como las demás naciones orientales, son tan ajenos de descubrirse la cabeza en señal de respeto, que se conceptúa un desacato el estar con la cabeza descubierta delante de los superiores, y por esta razon, dice Du Halde, el papa dispensó á los misioneros el descubrirse la cabeza en sus iglesias.

De lo dicho se deduce cuán empalagoso debe de ser aquel ceremonial que, especialmente entre los prohombres, se cumple puntualísimamente, pues el mas mínimo desvío se gradúa de culpa grave, por cuyo motivo cifran los chinos parte de su educacion en el estudio de las ceremonias; y hay muchos libros impresos para facilitarlas, que despejan todo este sistema, apropiándolo adecuadamente para todos.

Poco curiosos los chinos de nuevas modas, se visten constantemente de la misma manera, y el nieto lleva los vestidos del abuelo, sin recelo de que se extrañen. Se dice que por espacio de cuatro mil años ha sido la misma la forma de los vestidos, y que el mayor obstáculo con que tropezaron los tártaros conquistadores fué el de retraerlos de alguna antigua costumbre para introducir las suvas propias. Por este motivo muchos chinos quisieron desamparar su patria, y hasta perder la vida, antes que dejar los usos de sus mayores.

El vestir de los chinos es muy decente y apropiado al comedimiento y gravedad que suelen demostrar. Por consiguiente reprobaban ellos altamente el vestir europeo.

El origen de esta moda, que, segun cuentan ellos, era la única que se habia usado desde la fundacion de la monarquía hasta la conquista de los tártaros, consistía en vestidos largos y anchísimos, con unas mangas que arrastraban, y un sombrero descomunal; cuya forma variaba segun la condicion de la persona.

Gonzalez de Mendoza describe del modo siguiente los antiguos hábitos de la China: Los nobles y los principales señores se visten de seda de varios colores, y los plebeyos, de sarga ó de tela de lino, de cuyos géneros tienen mucha abundancia. Estos vestidos varían segun la estacion y las diferentes gerarquías en que se subdividen ambas clases; así es que los nobles oriundos de sangre real llevan la túnica bordada de oro y plata hasta la cintura, y los de menor condicion solo llevan algunas hileras de bordados. En invierno, la túnica es de pieles de varios animales, que abundan mucho en la China. Los solteros se distinguen de los casados en que llevan largos sombreros abocados sobre la frente con las alas muy altas.

Pero desde que tuvieron que orillar esta antigua moda, el vestido de los hombres consiste generalmente en una larga túnica que les llega hasta los piés; es tan cumplida, que han de hacer unos cuantos pliegues en el pecho, recogidos en el lado izquierdo con tres ó cuatro botones de oro, plata ó cualquier otro metal, segun las facultades de cada cual. Las mangas son muy anchas y se recogen arbitrariamente, terminando en forma de herradura, de manera que cubren toda la mano y no dejan ver mas que la extremidad de los dedos. La faja que sujeta esta túnica es de seda muy bien bordada y cuelga ordinariamente hasta la rodilla; á su extremo penden á veces un reloj, un cuchillo y una

bolsa que contiene la pipa, el tabaco y dos instrumentos de madera que emplean para comer. Encima de este vestido, tanto los hombres como las mujeres llevan una especie de camisa de tafetan blanco, que ciñe casi todo el pecho, y va á caer con mucha gracia sobre el brazo derecho. Llevan asimismo entrambos sexos pantalones anchos de lienzo ó de seda que llegan hasta mas abajo de la pantorrilla, pero en invierno se usan de raso, y aun de ropas forradas de pieles en las provincias setentrionales. Sus calcetas son de seda ó de nankin; suben mas que las botas, y tienen los extremos guardados con una cinta de seda ó de terciopelo. Las botas son de seda ó cuero, y llegan hasta las pantorrillas; como son anchas, resultan muy cómodas para los chinos, que se sirven de ellas en lugar de bolsillos para poner los papeles y el abanico. La gente fina nunca sale sino con botas, que son regularmente de raso ó de otro tejido de seda, y aun de algodón, pero siempre teñidas; cuando viajan á caballo, las llevan de cuero de vaca ó de caballo, pero preparado de modo que da mucho de sí. El calzado de los chinos en general está bien hecho, y se ven algunos trabajados con mucho artificio. La suela es muy gruesa, constanding de gruesos cartones reforzados por debajo del cuero, carecen de talon y tienen la punta vuelta hácia abajo, de manera que siendo necesario hacer entrar el pié con fuerza, no hay necesidad de enlazarlos, como que no cabe peligro de que el pié se salga de ellos: sin embargo, estos zapatos son muy incómodos para quien no está acostumbrado á llevarlos, porque apiñan y estrujan los dedos.

Los chinos, que cuidaban mucho de sus cabellos antes que los conquistasen los tártaros, se vieron precisados por los mismos á afeitarse la cabeza para acomodarse á sus usos, conservando solamente en el lado izquierdo una guedeja de cabellos que se dejan crecer y colgar, haciendo de ella una larga trenza que ellos llaman *Pou-Ze*, ó bien la arreglan como un moño doblándola debajo de los gorros ó sombreros, que tienen regularmente la forma de una cantimplora. Estos sombreros, que dejan las orejas descubiertas, se mudan dos veces al año; los de verano son de finísima paja, forrados de raso y adornados exteriormente con una gruesa escarpela de seda encarnada, ó de crines finísimas teñidas del mismo color, atados en la cima hilvanada de los mismos y que, colgando hasta la orilla, se esparrama cubriéndolos por todas partes y ondea al viento por su levedad: este adorno es permitido á todos los que quieren hacer uso de él. En la cumbre del sombrero llevan un grueso boton de ámbar ó de cristal, ó de alguna otra materia luciente, segun la gerarquía y el grado de las personas. Los sombreros de invierno están adornados de marta, de armiño, de pieles de animales ú otros ropajes de mas ó menos valor, segun las facultades de quien los lleva. Cuando los chinos están en casa y cuando salen sin ceremonia, en lugar del gorro, llevan un gorrito de seda bordado, y á veces adornado con una perla por delante. Cuando viajan en tiempo lluvioso, sus gorros y vestidos superiores están charolados con cierta especie de aceite que secándose verdea y los guarda de la lluvia. Los pobres van con la cabeza del todo descubierta ó llevan un ligero y pequeño gorrito que se asemeja un tanto á la corona de un sombrero nuestro, pero no es tan alta. En verano llevan los chinos el cuello descubierta, pero en invierno se cubren con un collarín de piel, de seda ó de terciopelo.

(Se continuará.)

Revista de Paris.

En la última semana han dado mucho que hablar en Paris las aventuras de Enrique Tomás Larkins, un oficial inglés, muy jóven aun, y que ha servido seis años en la India.

Los periódicos se han interesado por este brillante oficial que, á consecuencia de una disputa con su coronel, tuvo que dar su dimision en la India y regresó á Londres al lado de una tia que disfruta de una fortuna colosal y de quien es el único heredero.

Y este interés se explica, no por la novedad de las calaveradas que ha cometido en Paris, sino porque el carácter del personaje le presta todos los atractivos de un héroe de novela.

Pocos meses hace que llegó á Paris, en enero último, y en ese breve tiempo, no solo ha derrochado lo que casi podría llamarse una fortuna, sino que ha hecho deudas y cometido acciones que, gracias á la intervencion de la tia, no le han costado algunos años de encierro.

Su lujo y el desorden de su vida son indescriptibles. Larkins compraba parejas de caballos á 5,000 francos, que abandonaba en las casas de las artistas.

Pero lo que compraba con mas avidez eran las joyas; digalo si no M. Krammer, que cuando se temió que iba á ser víctima de Larkins, le mandó prender de noche en el café Inglés, en medio de una orgia.

Todo esto, así como la existencia tan accidentada y tan alegre del ex-oficial del ejército británico, merece explicaciones.

Larkins es huérfano y carece de fortuna; mas como hemos dicho ya, tiene una tia acaudalada.

Sin embargo, en estos últimos tiempos, despues de su regreso de la India, abusó de tal manera de su generosidad

en Londres, y cometió tantos excesos, que la familia juzgó oportuno expatriarle, y poniendo en sus manos una crecida suma de dinero para subvenir á sus gastos de viaje le enviaron al Japon, despues de arrancarle la promesa de que no vendria á Paris.

Lo primero que hizo Larkins fué olvidar lo prometido. Vino pues, á Paris, y entró desde luego en esa sociedad donde son tan bien recibidos los que saben disipar espléndidamente una fortuna.

Con una existencia tal se agotan prontamente los recursos, y para improvisarlos fácilmente, el disipador suele convertirse en caballero de industria.

Así le ha sucedido á Larkins.

Conociendo ya al célebre joyero Krammer, se presenta á él como capitán del ejército inglés y agregado á la embajada del Japon, porque siempre es bueno darse tono.

Larkins compra á diestro y siniestro, y con una mano recibe las joyas y con la otra las deposita en el Monte de Piedad, pues lo que ante todo necesita son billetes de banco para no desmerecer en la opinion de la gente rumbosa que frecuenta.

La primera expedición produjo una miseria, unos cuatro mil francos, que fueron devorados en breves dias.

Así es que no tardó en emprender la segunda.

Larkins acude de nuevo á Krammer en busca de un aderezo de 36,000 francos; pero aquí el joyero pide garantías.

— Vada mas fácil, responde el ex-oficial de la India, le voy á dar á Vd. letras sobre un banco de Londres, pues en Paris no tengo dinero.

— Muy bien, responde Krammer, vengan las letras, y entregaré las alhajas cuando haya tomado informes respecto del banco que debe satisfacerlas á su vencimiento.

Pero esto no le convenia á Larkins, y para vencer la resistencia del joyero apeló á otro expediente.

Al cabo de algunos dias vuelve con una carta de su cuñado y le dice:

— Vengo á suplicar á Vd. que me entregue el aderezo, hé aquí por qué razon.

Y sacando la carta de su cuñado, lee las siguientes líneas:

« No envíes letras sobre Londres, pues esto disgustaria á la familia que está ya bastante desanimada, y si necesitas dinero pídemelo á mí, que te mandaré 2,500 libras esterlinas.»

El joyero no se contentó con aquella lectura, y dijo á Larkins, como era natural:

— Pues nada, lo que ha de hacer Vd. es escribir á su cuñado que mande el dinero.

— Ni carta se necesita, responde Larkins; basta un simple despacho telegráfico que voy á extender aquí y que usted mismo puede enviar al telégrafo.

Y así se hizo.

Pero ¡ay! el joyero sin esperar contestación, entrega el aderezo que inmediatamente va á reunirse con las otras joyas que se encontraban en el Monte de Piedad y por el cual sacó 15,000 francos.

No habian pasado muchos dias cuando vuelve á la carga Larkins y se lleva una cadena de reló y unos botones de brillantes.

En esto llega el 6 de abril y el dinero pedido á Londres no viene: el joyero alarmado ya (mas vale tarde que nunca), se dirige al Gran Hotel donde vivia Larkins; pero allí le dicen que se habia mudado, y no sabian á dónde.

Por una extraordinaria casualidad, averigua no obstante, que aquella noche se encontraba en el teatro de los Bufos.

— No está aquí ya, le dicen en el teatro.

Y entonces Krammer se dirige al café Inglés: era hombre que conocia las estaciones.

Con efecto, Larkins se hallaba cenando alegremente y bien acompañado, pero ¡oh contraste! de los dorados salones del café Inglés, pasó á las oscuridades de la Prefectura de policia, donde sin duda debió reflexionar que los cambios de decoracion son á veces tan repentinos en la vida real como en los teatros.

Sea como quiera, Larkins debió comparecer ante la justicia, y allí su defensor concluyó la pintura del hombre diciéndonos que pertenece á una de las primeras familias de Inglaterra, y que por su madre desciende de los reyes de Escocia.

Todos los hechos que acabamos de señalar con la mayor brevedad posible, no son, á juicio del defensor, sino calaveradas, locuras juveniles, pero no maniobras fraudulentas.

Larkins tiene un tío en el Japon, le envian á su lado con mucho dinero en los bolsillos, y habiendo cometido la imprudencia de venir á Paris, le detuvieron todas las seducciones de esta gran capital en su camino. En cuanto á los negocios con Krammer, si los hizo fué porque le presentaron en casa del joyero hombres de alta posición, duques y marqueses, amigos de Larkins, no por la historia de las letras y de la carta del cuñado.

¿Qué quereis? dice el defensor muy oportunamente; el gran comercio de lujo vive por el crédito exagerado que hace, no solo á los hijos de altas familias, sino á las damas que carecen de familia.

En suma, como el joyero no ha perdido un cuarto, el tribunal absolvió á Larkins, que está ya en libertad para poder emprender su viaje al Japon, que es el gran deseo de su tia de Londres.

Dias pasados hemos tenido en la Academia francesa la recepción de M. Claudio Bernard, cuyo retrato, acompañado de un estudio sobre sus notables trabajos científicos, publicamos recientemente en este periódico.

Contra la costumbre, esta fiesta académica no habia llamado al palacio del Instituto un gran número de gente. De antemano se podia suponer que la ciencia tendria en esta sesión la preferencia sobre la literatura, y así no es de extrañar que no se hayan apresurado los profanos á pedir billetes.

Sin embargo, debemos decir que el discurso de M. Claudio Bernard fué verdaderamente interesante; hacia el elogio de su predecesor M. Flourens, cuya gloria principal consiste en sus estudios sobre el sistema nervioso y sus investigaciones experimentales sobre el cerebro.

«Grande fué la sensación que causaron estas experiencias en el mundo sabio, dijo M. Claudio Bernard, y así fué que valieron á su jóven autor un memorable dictámen del ilustre Cuvier. Gall habia tenido el mérito de señalar á las cualidades morales el mismo órgano que á las facultades intelectuales; la locura tiene el mismo asiento que la razon que ella perturba; pero al lado de este rasgo de genio, como le llama M. Flourens, habia graves errores. Fundándose únicamente en la anatomía comparada, Gall pensó que las facultades intelectuales estaban repartidas en toda la masa cerebral, y sobre este error fundó el sistema de las localizaciones frenológicas.

» M. Flourens estableció que la inteligencia se halla, por el contrario, concentrada en las partes mas elevadas del encéfalo, y probó con sus experimentos que basta la ablación de los hemisferios cerebrales para hacer desaparecer todas las manifestaciones espontáneas del instinto y de la inteligencia.

» Partiendo de estas premisas experimentales, M. Flourens entra luego en sus estudios de psicología comparada sobre el instinto y la inteligencia de los animales; y con razon pretende que la psicología abraza el conjunto de los fenómenos intelectuales en toda la série animal y no en la inteligencia del hombre exclusivamente.

» ¿Qué espectáculo tan admirable el de esa manifestación de la inteligencia desde la aparición de sus primeros vestigios hasta su completo desarrollo, manifestación graduada en la cual el fisiologista ve las diversas formas de las funciones nerviosas y cerebrales, analizándose en cierto modo por sí mismas, y repartiéndose en los diferentes animales segun el grado de su organización!

» Primeramente, y en el grado mas bajo de la escala, las manifestaciones instintivas, oscuras é inconscientes; luego la inteligencia consciente, apareciendo en los animales de un orden elevado, y por último, en el hombre, la inteligencia esclarecida por la razon dando nacimiento al acto racionalmente libre, el mas misterioso de todos los actos de la economía animal y quizás de la naturaleza entera.

» En todos tiempos se han considerado las manifestaciones de la inteligencia como impenetrables fenómenos; pero á medida que adelanta la fisiología, lleva á mayores distancias sus miras. No se limita ya á determinar en los órganos el asiento preciso de las funciones; sino que desciende hasta los mismos elementos de la materia viva, analiza sus propiedades y reduce la explicación de los fenómenos de la vida cuando descubre las condiciones de su manifestación.»

M. Claudio Bernard explica despues cómo la organización nerviosa del hombre se refiere á cuatro órdenes de centros, para venir á parar en el órgano cerebral superior del «sentido íntimo,» y concluye su discurso diciendo «que la fisiología puede explicar los fenómenos intelectuales bajo el mismo título que todos los demás fenómenos de la vida, y que las manifestaciones de la inteligencia no constituyen una excepcion á las demás funciones de la vida.»

Por este imperfecto análisis comprenderá el lector que la sesión académica de que venimos tratando no podia tener grandes atractivos para los aficionados á la amena literatura.

Afortunadamente, en Paris abundan los espectáculos para todos los gustos.

A propósito de espectáculos, los hay que verdaderamente deberían tener ciertas cortapisas.

Nunca hemos comprendido que se permitan los que ponen en peligro la vida de los que los ejecutan, como por ejemplo, las proezas de los domadores de fieras, los arriesgados ejercicios de los gimnastas y varias suertes de los prestidigitadores, sobre todo cuando se echa mano de las armas de fuego.

No hace muchas semanas el famoso doctor Epstein estuvo á punto de perder la vida en medio del circo Napoleon haciendo una suerte que miles de veces habia hecho y siempre le habia salido bien, convenimos en ello; pero esto no quiere decir que en alguna ocasion por un descuido ó por otra causa cualquiera, no salga mal, y esta probabilidad fatal debería bastar para que se impidiesen tales juegos.

El doctor Epstein cargaba con bala una pistola, se la presentaba á un espectador cualquiera, y á la voz de: ¡Fuego! recibia el disparo á quemarropa.

Ahora bien, ¿qué sucedió en la noche á que nos referimos? Que por una incomprensible fatalidad se olvidó de sacar la baqueta del cañon despues de cargar el arma, y ella le atravesó el pecho. En cuanto á la bala, nada hay que decir, pues fácil es presumir que antes del disparo la habia escamoteado, y en esto está su destreza.

El buen doctor cayó redondo al suelo, diciendo al espectador que habia tirado: — Me habeis muerto.

Y efectivamente, en los primeros dias se creyó que no podria salvarse; pero por fortuna, á la hora en que escribimos está ya fuera de todo cuidado y se dispone á repetir sus juegos de prestidigitador, para los cuales tiene una maña nunca vista.

Ahora bien, estos últimos dias en el circo de la Emperatriz ha tenido lugar otro accidente semejante.

El gimnasta Bonnaire se cuelga sucesivamente de cuatro trapecios colocados á cierta altura por encima de la araña; y dos veces ya al lanzarse de estos trapecios habia asido la cuerda suspendida en la bóveda entre los cuatro.

Luego se sentó en la barra horizontal y estuvo un rato descansando, al cabo del cual se lanzó por tercera vez; pero con tanta desgracia, que sus manos no pudieron asir la cuerda con bastante fuerza, y aunque sin soltarla, cayó precipitadamente sobre la arena, donde permaneció un instante como muerto.

Inmediatamente los palafreneros de servicio se le llevaron, y pocas noches despues continuaba como si tal cosa sus peligrosos ejercicios.

No otra vida es la de los toreros. A los golpes suceden los golpes, hasta que una vez tan repetidos accidentes les dejan fuera de combate.

Dícese que el doctor Epstein asistia á la función de Bonnaire, llevando en la mano, incrustada en un baston, la famosa baqueta que le atravesó el pecho.

Estos son los espectáculos en boga actualmente. Los teatros están desamparados por el público, y no acertamos á comprender cómo la mayor parte de ellos, si no todos, no cierran sus puertas hasta octubre.

Hoy en dia las noticias teatrales mas interesantes llegan del extranjero; de Londres, donde se hallan reunidos los primeros cantantes que existen en el mundo; de Baden, en donde se organizan funciones llenas de atractivos, y de todos los demás puntos en que se espera á la emigración de Paris y de las demás capitales de la Europa.

En Londres los honores son, como era de esperar, para la Patti y la Nilsson. La Patti recorre todo su repertorio con el mismo éxito que en Paris y en San Petersburgo, y la Nilsson, es muy aplaudida en la Margarita del *Fausto*, ópera que en italiano está conforme al texto primitivo, y por consiguiente produce otro efecto que la partitura retocada, á nuestro juicio, con tan mala fortuna, que se ejecuta en la Academia Imperial de Música.

En Baden, lo que hace furor es la Misa de Rossini, que cantan los mismos artistas que la estrenaron en Paris, esto es, las señoras Alboni y Krauss, y los señores Palermi y Steller. Segun escriben de Baden, la curiosidad fué tal que acudió gente de Estrasburgo, de Carlsruhe, de Francfort, de Stuttgart y otras poblaciones mas ó menos importantes. Todo el mundo deseaba aplaudir esta obra póstuma del gran Rossini que, una vez que se haya explotado suficientemente y pase á su dominio natural que es el teatro, suscitará seguramente otra admiración muy distinta de la que hoy le dan la curiosidad superficial y la moda.

Sea como quiera, las representaciones de la Misa de Rossini, si nos es permitido hablar así, se suceden en Baden con un éxito extraordinario: es un entusiasmo, un fanatismo de que no hay ejemplo.

Lo mismo sucede en Londres, donde la ejecución estaba confiada á las señoras Tietjens y Scalchi, y á los señores Mongini y Stauley, siendo director el célebre Ardití. Los ingleses no quieren quedarse rezagados, y parece ser que aplauden tambien con tanta unanimidad como entusiasmo.

Una noticia para concluir, y así diremos algo de Paris que tenga algun interés relativamente á las cosas teatrales.

Auber conforme va envejeciendo, se aplica mas al trabajo. En la semana última ha presentado al teatro de la Opera Cómica, su nueva producción en tres actos titulada: *Sueño de amor*, que naturalmente será desempeñada por los primeros artistas de la compañía. Una ópera de Auber es siempre un acontecimiento musical, y así es que esta noticia inesperada ha causado un placer sumo en los círculos flarmónicos.

MARIANO URRABIETA.

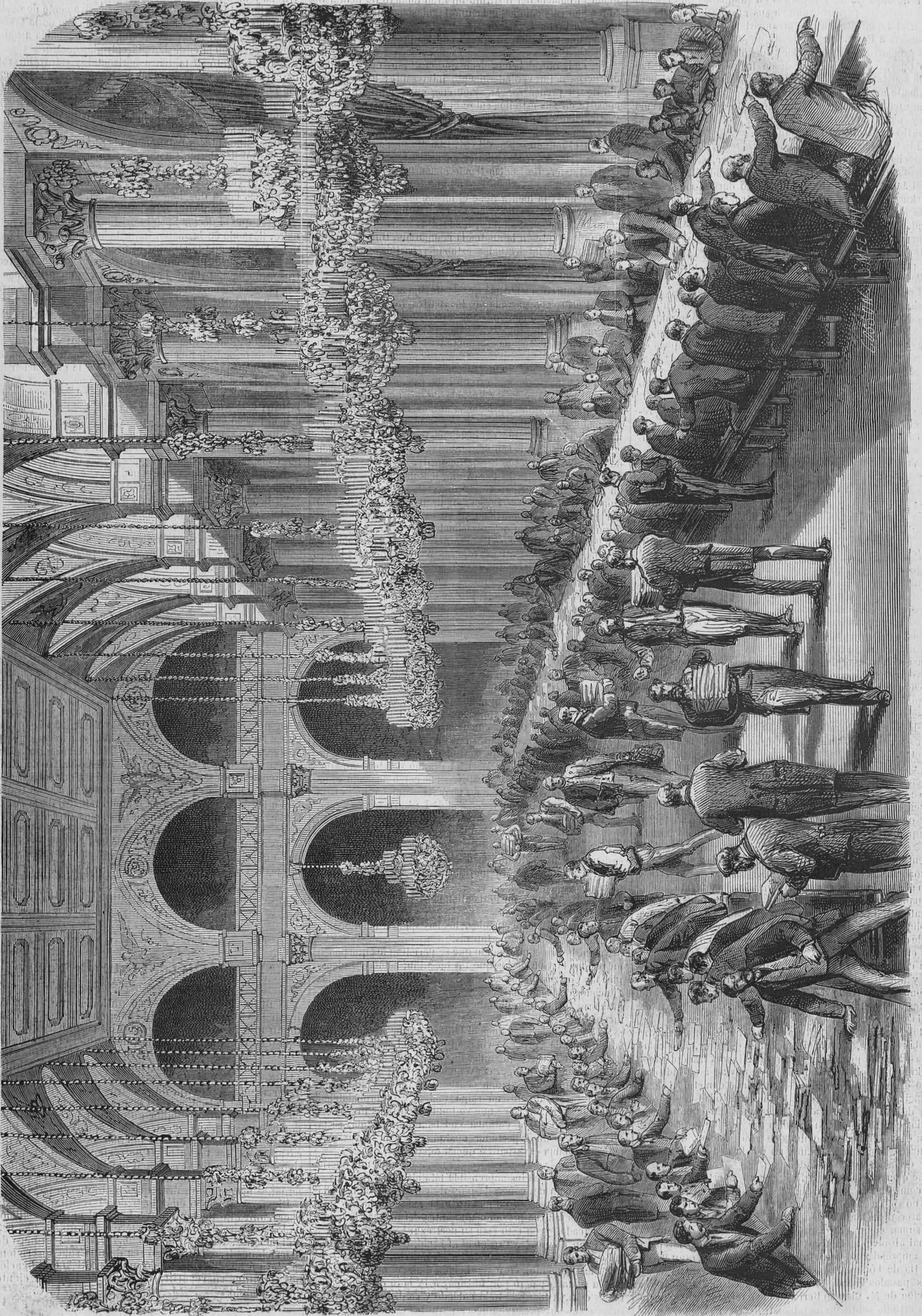
El empréstito de la villa de Paris.

El último empréstito de 260 millones que acaba de hacer la villa de Paris, ha sido para el prefecto M. Haussmann una magnífica respuesta á los pesimistas que atacaban su obra. ¿Quién decia pues que el crédito de la villa se habia perdido para siempre? La emisión del empréstito de 1869 es una contestación que no admite réplica.

Ofrecemos á la vista de nuestros lectores uno de los mas curiosos episodios de esa grande operación financiera. M. Haussmann habia autorizado las suscripciones por carta certificada, y el público aprovechó tan bien la autorización, que en las oficinas del Hotel de Villa cayeron á miles las cartas. Cuatrocientos empleados habian sido preciso añadir al personal existente, y todos ellos, trabajando de dia y de noche, han tardado cerca de dos semanas en poner en órden esa montaña de papeles.

Digamos en globo cuál ha sido el resultado de esta operación, que ha tenido una boga tal entre los aficionados á empréstitos. Se ofrecieron al público 753,623 obligaciones, y se han pedido 26,747,480. El número de suscripciones irreductibles, ó sea de una sola suscripción, se eleva á 392,357, de modo que las 361,266 obligaciones restantes se repartirán á razon de 1 49 por ciento de los pedidos.

L. C.

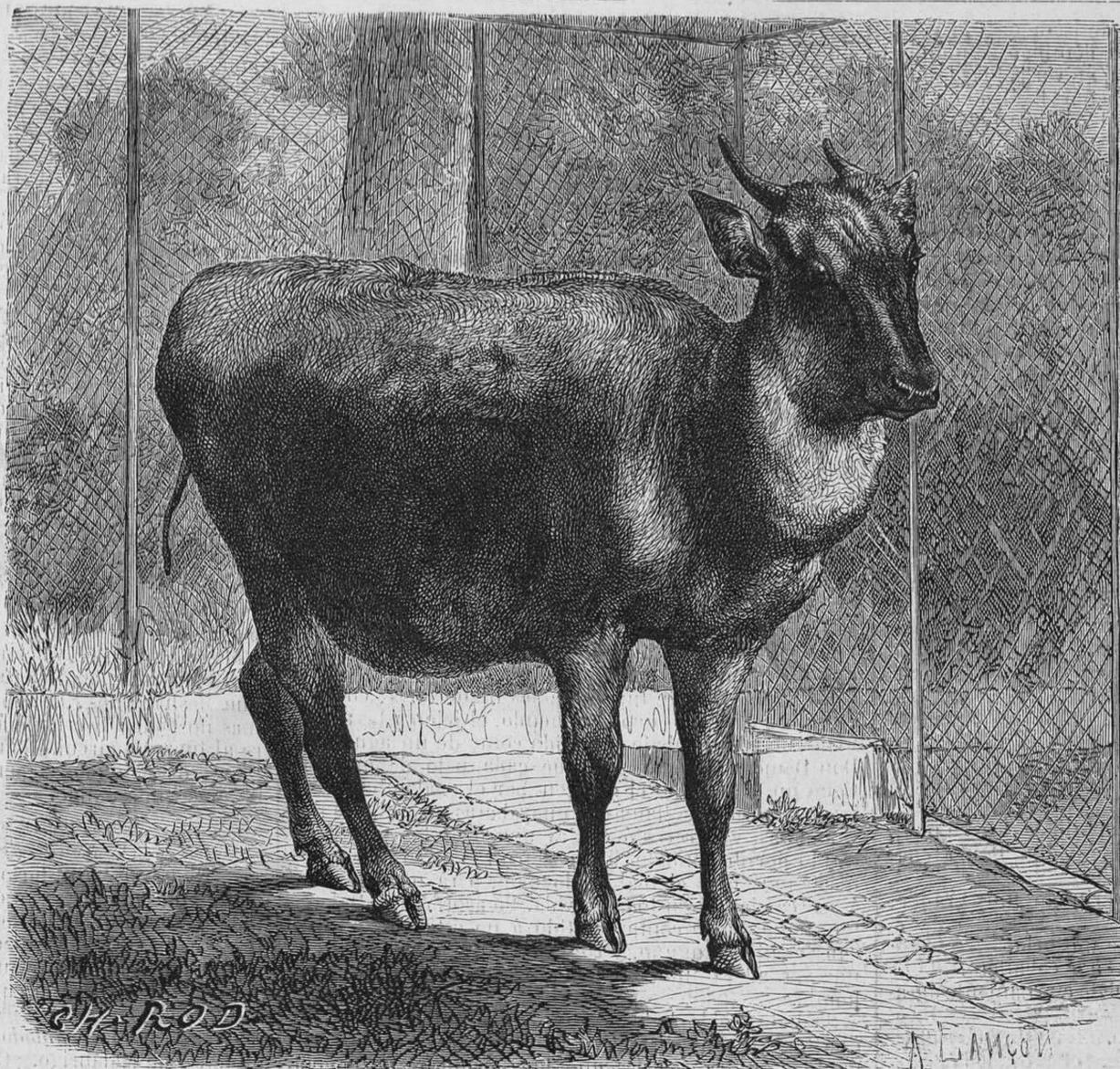


Empresario de la villa de Paris. — Oficina improvisada en la galería de las Fiestas del Hotel de Villa, para abrir las cartas de las suscripciones hechas por correspondencia.

El Antílope

DE CÉLEBES.

Varias veces hemos hablado ya del antílope, y seguramente tendremos que hablar algunas más en lo sucesivo, pues forman un género muy numeroso. Con efecto, para no recordar aquí más que las principales especies, tenemos la *Gacela*, que vive en manadas en el Norte de África; la *Gamuza*, que habita en la Europa occidental; el *Antílope de bolsa* y el *Antílope purpurino*, del cabo de Buena Esperanza; el *Nylgau*, de las selvas del Indo y de Cachemira, que tiene el tamaño del ciervo; y el *Antílope de las Indias*, que tiene la del gamo; el *Gnou*, que se parece á la vez al buey, al ciervo y al caballo: al primero en sus astas y en su hocico, al segundo en sus patas, y al tercero en sus crines y su cuello; el Antílope palmado, el Antílope saltador de peñas, el Antílope lanudo y la especie mucho mayor de que hablamos no hace mucho tiempo á nuestros lectores, el *Antílope oreas canna*, y por último, el Antílope *Leucoryx*, que por primera



Nuevas adquisiciones del Jardin de Plantas de Paris. — Antílope de cuernos deprimidos de la isla Célebes.

vez hemos visto en el Jardin de Plantas de Paris.

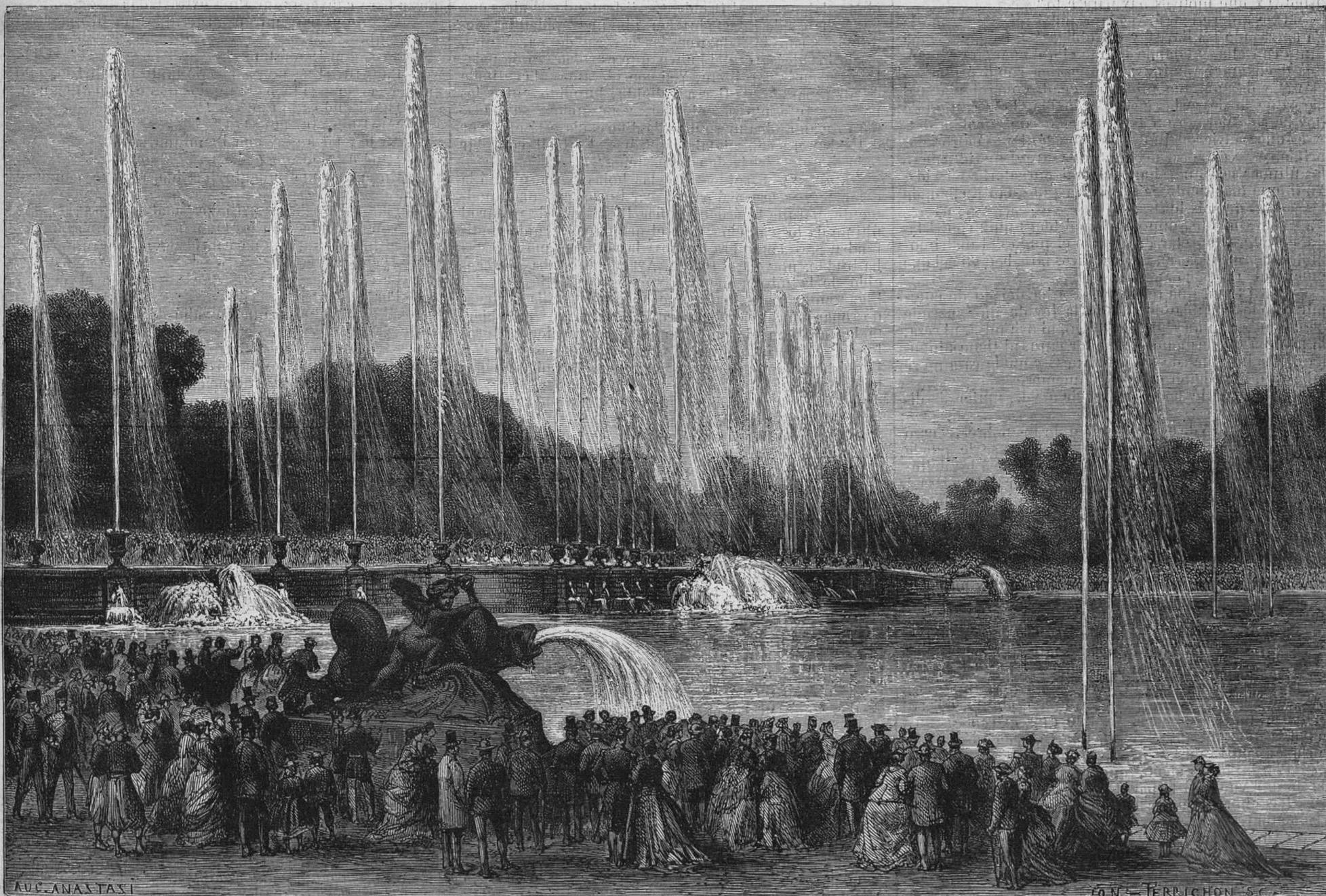
Hé aquí ahora otra variedad de antílope que también por primera vez ha llegado á Francia, y que llega de Célebes, isla del país de los Malayos, enviado por M. Biedig: es el *Antílope de cuernos deprimidos*. Este animal, que llaman en su país vaca montés, está muy lejos de tener un bonito aspecto, y nada en él recuerda la elegancia, la esbeltez y ligereza que poseen la mayor parte de los antílopes. Sus astas derechas, poco divergentes, inclinadas hácia atrás, están aplastadas exteriormente en sus dos tercios inferiores, y presentan anillos irregulares. El pelaje de esta variedad de antílope es de un color de canela oscuro sobre los riñones, que se aclara más y más hasta debajo del vientre.

C. P. D.

La fuente

DE NEPTUNO EN VERSALLES.

En cuanto llega el mes de mayo, uno de los principales atractivos que llaman á los



VERSALLES. — La fuente de Neptuno.

parisienses fuera de París, es el de las aguas de Versalles, que corren en determinados domingos durante el estío. Numerosas y magníficas son en verdad las fuentes de Versalles, y mas de una vez hemos hablado de ellas en este periódico; pero es notable entre todas la de Neptuno, cuya vista se encontrará dibujada en este número.

Distínguense en esta soberbia fuente tres grupos considerables que son: el de Neptuno, á cuya izquierda está Anfítrite, con su séquito de ninfas y monstruos marinos; el de Próteo y el del Océano. Los grandes juegos de la fuente de Neptuno se sueltan á las cinco de la tarde, cuando ya han corrido todas las demás fuentes, y al llegar esa hora, se nota en la muchedumbre como una ansiedad que es indescriptible. Por fin da la hora, y un grito de entusiasmo se eleva de todos los pechos cuando saltan cruzándose y combinándose aquellos caños de agua de una fuerza, un volúmen y altura extraordinarios, por todas las bocas de dioses, tritones y animales, por todos los jarrones que guarnecen el borde de la fuente. Es un espectáculo admirable que nuestro dibujo representa con toda la exactitud de que el lápiz es susceptible.

J. P.

Manuela,

NOVELA ORIGINAL POR EUGENIO DIAZ.

(Continuacion.)

Don demóstenes tajó de una cuchillada los bejuco, y cayendo la mujer al suelo le dijo á don Demóstenes llorando:

— Usted me ha causado un perjuicio muy grande, caballero de mi alma.

— ¿Cómo? Explíqueme Vd. este misterio.

— Es porque yo soy casada, señor caballero.

— Habrá un hombre que me quede eternamente agradecido, pues.

— Al contrario, señor caballero.

— ¿Por qué?

— Porque me colgó él mismo y me anunció que si no me encontraba colgada cuando volviera, me daría doscientos azotes.

— ¿Quién es ese bárbaro?

— Se llama Cruz y vive por aquí cerca.

— ¡Hipócrita! No hace media hora que nos hablaba de la manera dulce y afectuosa con que la trataba á usted. ¿Y qué motivos hay para esto?

— Que quiere mas á Nicolasa que á mí. Así es que le ha entregado las llaves y me obliga á mí á que coma junto con ella, y cuando no me río, ó cuando se le antoja decir que estoy brava, me castiga como á una esclava, y despues me mide mi cuadro en el platano para que lo desyerbe en un solo día. Este castigo de hoy ha sido porque no me he reido con Nicolasa despues que volvieron juntos de Bogotá. Los cuatro años primeros de casados, no me trató mal mi marido; pero los últimos seis años han sido mi purgatorio en vida. Yo lo que mas siento es la crianza que están recibiendo las pobres de mis hijitas.

— Esto consiste, dijo don Demóstenes muy contristado, en querer apretar demasiado el nudo del matrimonio. Es porque los señores católicos no saben que el que mucho abarca poco aprieta.

— Consiste en que mi marido se ha dejado de cumplir con los mandamientos de la ley de Dios, porque desde que se junta con don Tadeo, ni oye misa, ni reza, ni asiste á los sermones del señor cura, ni tiene ninguna de las insignias de los cristianos, y en la casa no se sabe ya qué religion es la que tenemos.

— ¿Y de qué le podré yo servir á Vd., mujer desdichada?

— Yo sé que Vd. es muy amigo de los pobres, y creo que puede hacer el bien mas grande que se le puede hacer á una parroquia, y es que se castigue á los delincuentes. Con esto y con que hagan volver á Nicolasa á su casa y se la entreguen á su marido, quedo contenta.

— Si el gobierno de la iglesia católica permitiera que los matrimonios se apartaran, para casarse cada contrayente de nuevo con otra persona, Vd. saldria ganando.

— Ganaría mi marido, porque está mozo, y perdería yo, porque estoy muy acabada por la crianza de cuatro muchachos. El se llevaría el hombrecito, que le puede servir de mucho, y á mí me dejaría las tres muchachas, que yo no sé cómo ni con qué las podría yo mantener. El se quedaría con la estancia, en la cual está mi trabajo metido, porque él ha sido enfermo toda la vida, de una llaga que tiene en una espinilla, del tamaño de un peso fuerte. Y yo lo que extraño es que usted, siendo tan amigo de los que padecen, dé su parecer en contra de las pobres mujeres.

— Pierda Vd. cuidado, que yo tomaré todo interés desde que vuelva á la parroquia.

— Por ahora el favor que usted me ha de hacer es el de amarrarme.

— ¿Amarrarla? ¿Cómo es eso de amarrarla?

— Dejándome del mismo modo que estaba, porque si viene ñor Cruz y me encuentra descolgada, me mata á rejo.

— Era menester que yo fuera un bárbaro, un terrorista.

— Pues tiene que hacerme ese favor, por lo que mas quiera.

— ¡Imposible!

— Entonces usted me va á causar el daño mas grande del mundo.

— ¡No, no! ¡Adios, adios! dijo don Demóstenes, despidiéndose de la mujer con la mayor precipitacion.

— Por Dios, no me deje Vd. sin amarrarme, dijo la mujer, poniéndose de rodillas y abrazándole las piernas á don Demóstenes.

Este se quedó callado por algunos instantes, sin saber á qué atenerse, y conmovido sumamente de ver que la mujer lloraba para comprometerlo á que la amarrase; por último le dijo:

— Vaya usted y diga á su marido, que yo fui el que la solté, dándole por señas que me dijo que él lo que quería era que su señora estuviese á todo su gusto; y que si la sigue estropeando, le ofrezco por mi palabra de honor echarlo á un presidio.

Salió don Demóstenes al camino, y allí oyó á su compañero, que gritaba:

— ¡Ah, peeeerro! ¡Ah, peeeerro!

Aceleró su paso el adjunto de ñor Dimas, y al cabo de media hora estuvo en el lugar de la parada, oyendo el murmullo de la quebrada indicada, y sin poder bajar hasta ella, porque se lo estorbaba una peña frágosa, á tiempo que se abrasaba de sed. Para don Demóstenes no habia mas horizonte que un retazo de la senda, que no alcanzaba á medir veinte y cinco varas, ni mas cielo que el ramaje tupido de los higuerones, curos y guayabos á tiempo que el zancudo, el jejen y las abejas mantenian por debajo un ruido como de un aguacero. Don Demóstenes ignoraba que cada palo de guayabo tiene un camino en el corazon, por el cual suben y bajan las hormigas llamadas guayaberas, las cuales son venenosas, y se recostó contra uno de estos palos, sacando por de contado, una enseñanza que lo hizo reconocer muy bien el maldecido palo, para no volvérselo á acercar jamás en toda su vida. Se acordó don Demóstenes que estaba comprometido á no estornudar, ni á causar ruido ninguno, y comprendió que la parada es una verdadera limitacion de todas las libertades del hombre.

Se habrá oido hablar muy desfavorablemente á los escritores ó conversadores de costumbres, acerca de las paradas en las cacerías que los sabaneros de Bogotá suelen ejecutar en los páramos de la cordillera oriental; pero aquellas, con todos sus inconvenientes, son una delicia en comparacion de las paradas de la cacería de la tierra caliente. Allí se coloca el sabanero, montado en su gran caballo, sobre el pico de una roca, desde donde ve los arroyos que corren á juntarse con el Meta por el Oriente, y los que corren á juntarse con el Magdalena por el Occidente, disfrutando de aires que jamás han sido infectados por ninguna epidemia; dominando con la vista una larga serie de parroquias, desde los alcázares del huitre, que es soberano de todas las aves de la cordillera. Y si consideramos al centinela de una parada de tierra caliente, hundido entre los bosques, sofocado por el calor, y pegándose palmadas para espantar los mosquitos, la diferencia está en favor del sabanero con ventajas infinitas. Es fácil concebir todo lo que sufriría don Demóstenes.

Sintió este un ruido sobre las hojas secas, montó la escopeta y se preparó para hacer fuego, casi maquinalmente, porque la orden de ñor Dimas era de matar el último de los cafuches y no el primero. El ruido continuaba, pero como era tortuosa la vía, y el monte estaba tupido, no veía el objeto. Ayacucho estaba sobrecojido de la misma manera y no separaba los ojos del lugar amenazado, hasta que apareció Cecilia, la cual no reparó en el cazador porque llevaba muy encubierta la cara con el sombrero, y su distraccion era profunda; pero luego que se vió á cuatro pasos de don Demóstenes, intentó correr por entre las ramas menos tejidas con los bejuco.

— ¡No corras! le dijo el bogotano, porque te despedaza mi perro.

— ¡No, por Dios! gritó Cecilia, y se dejó caer sentada sobre una piedra.

Don Demóstenes se acercó con sumo cariño á la segunda hermosura de la parroquia, y trató de inspirarle confianza para que depusiese la vergüenza y el miedo que daba á conocer en sus facciones, y en cierto temblor que procuraba ocultar al principio.

— ¿De dónde viene? le preguntó el bogotano.

— De la montaña, de coger hojas; ¿no las ve? Son de payaca y las necesitó para unos tamales.

— ¿Y por qué tanto susto de verme á mí?

— Es porque soy miedosa.

— No me parece.

— Es que Vd. no puede saber lo que pasa en el interior de cada criatura.

— Sin embargo, el fisonomista conoce mucho de lo que pasa en el corazon y hasta en el pensamiento ajeno.

— ¿Y qué me conoce Vd., pues?

— La turbacion que te domina.

— Nada, don Demóstenes, es miedo lo que yo tengo.

— ¿De qué tienes miedo?

— Fué que me asusté con su perro.

— Ya comprendo, dijo don Demóstenes; he reparado tu seno y...

— No es nada, dijo Cecilia, cubriéndose las finas arandelas de su camisa con ambos brazos y poniéndose descolorida.

— Está descubierto el secreto. Llevas comunicaciones en el seno.

Cecilia encogió el pecho encima de las rodillas y puso los ojos de una manera lastimosa, sobre los ojos del bogotano.

— No tengas ningun cuidado, Cecilia. El que respeta las garantías de los hombres, guarda con mayor razon las de las mujeres. Nada mas digno de respeto que las comunicaciones ipistolares de los ciudadanos, y conducidas en una balija sagrada, no pueden ser violadas por ninguno que sea liberal.

— Mil gracias, contestó la tímida Cecilia, respirando con alguna confianza. Yo sé que Vd. me tiene cariño á pesar de lo mucho que se habla de mí, y yo lo estimo á Vd. desde que lo ví, y no lo he tratado, porque yo no tengo libertad ni para saludar á las personas que son de mi gusto. Yo lo aprecio á Vd. y tengo confianza en Vd. como en un caballero completo. Mire: es verdad que llevo cartas aquí en el seno, que las traigo de la estancia de Santa Tecla, y son cartas contra usted, tómelas y haga el uso que quiera de ellas, y yo diré que se me perdieron.

— ¡Oh, Cecilia! ¡Cuánto te agradezco la confianza que haces de mí! exclamó don Demóstenes, y abrió una carta que decia:

« Con la portadora le remito el borrador de las declaraciones que han de dar los testigos, y á estos hay que decirles que si no declaran lo mismo que habian declarado en las declaraciones que se robó don Eloy, irán todos de reclutas. Del cachaco Demóstenes tendremos que deshacernos, aunque sea quemándole la cara, á mas no poder. Escríbele á don Pascual para que le apure al juez del circuito para que exija la sumaria de don Blas y de Manuela. Espero la contestacion en el acto. Su afectísimo amigo.

» EL ERMITAÑO. »

— ¡Sombras y misterios por todas partes! exclamó don Demóstenes. El gamonal está en el distrito cuando lo creíamos muy asegurado en la cárcel de Ambalema. Estoy comenzando á saber que de nada sirven las leyes contra los gamonales y sus agentes.

— Y Vd. ándese con cuidado y déjese de caminar por los montes.

— Esta palabra *cuidado* se la oí por primera vez á la profetisa de Malabrigo. ¡Oh Rosa! ¡Que la tierra te sea ligera!

A este tiempo se oyó la voz del cazador en jefe, que decia:

— ¡Arriba, peeeerro! ¡Arriba, peeeerro!

Don Demóstenes estaba muy descuidado de su mision, y sentado junto de Cecilia, le dirigió las siguientes palabras con el estilo mas dulce que se pudiera emplear para convertir un alma extraviada:

— Lo que es para mí un misterio es que tú quieras á ese hombre.

— ¿Yo, don Demóstenes?

— Pues tú. ¡Una muchacha de tanto mérito! Esto no pudiera creerse si todo el mundo no lo estuviera viendo.

— ¿Pero qué es lo que ven?

— ¡Oh! pues tus amores.

— No hay tal amor, don Demóstenes.

— ¿Qué es eso, pues?

— Un comprometimiento terrible, que se comenzó por...

— ¿Por salvar de las prisiones á algun desgraciado? ¿Por condescender con los empeños de alguna amiga? ¿Por el interés de alguna cantidad? ¿O por qué cosa? dime, ¿por qué cosa?

— Le voy á decir, con tal que me guarde el secreto.

— Por de contado, Cecilia.

— Mi madre fué la que se valió de la astucia y del rigor para que yo me entregara á ese bárbaro, que aborrezco con toda mi alma.

— ¡Pobre Cecilia! exclamó don Demóstenes; se necesitaba de toda la desmoralizacion que ha pasado por las grandes sociedades, para corromper la nobleza de corazon que indican tus facciones.

— ¡Yo qué iba á hacer, don Demóstenes! dijo Cecilia llorando. Tenia mi madre un saque de aguardiente en la montaña, y por hacerse á la proteccion de don Tadeo, me mandaba á visitarlo y llevarle regalos de frutas, lo citaba á la estancia las veces que me dejaba sola, y me miraba mal las veces que don Tadeo le daba quejas. Esto fué al principio, que á lo último ha conseguido don Tadeo que yo no me separe de él, con las amenazas de un cuchillo de cabo blanco que me señala siempre; y una vez que me huí, me volvió á reducir á su compañía, buscándome como aguja y volviéndome á traer. Este es el motivo de pasar yo por la querida de ese viejo criminal, que tiene su esposa legítima y quiere poner tambien á Manuela de su cuenta.

— ¿Y no pudieras dejarlo?

— No puedo, porque me mata.

— ¿Con que todo eso es un gamonal?

— Sí, señor, y no sé qué camino coger. Me veo mal mirada de las señoras y de los caballeros, me veo insultada, aborrecida y expuesta á que me mate el viejo Tadeo, ó su esposa, ó alguna otra de sus queridas, y mi vida no es sino un puro tormento, porque qué me suplo yo con tener baules con ropa, zarcillos de oro y traje blanco para las fiestas, si la mala nota me condena y el menosprecio de las gentes buenas. ¿Qué hago, don Demóstenes? ¿Qué camino cojo? ¿Qué me aconseja usted, que es tan enemigo de los tiranos liberales y de los tiranos conservadores? porque ha de estar Vd. en que don Tadeo es liberal.

— ¡Es draconiano! ¡Es fariseo liberal! Es sepulcro

blanqueado, y de esos encuentras varios, aunque no tan perversos como don Tadeo.

— ¡Pero qué hago, don Demóstenes, por Dios! ¿Qué hago en este caso? Sálveme Vd. mi vida y mi conciencia.

— Si te resolvieras á dejar tu familia y tu parroquia...

— ¡Todo, todo!

— Si te animaras á perder algo de tu libertad, aunque yo soy enemigo de la obediencia pasiva...

— Todo lo sufriré, con tal que no sea querer á nadie contra mi gusto.

— ¡Eso, ni pensar! La libertad del corazón es la garantía mas preciosa de una jóven. Yo te buscaría una colocación en Bogotá.

— Entonces para allá iré. Adios, don Demóstenes.

— ¡Adios, Cecilia! dijo este, dirigiéndole una mirada muy afectuosa.

Así que desapareció la víctima, sacó don Demóstenes su reloj y vió que llevaba tres horas de parada, pensó que su verdadera misión era la de cazador, y dirigió todos sus pensamientos hácia su cacería de cafuches. Puso el oído á la quebrada, y algun zumbido de las tominejas era lo único que oía. Se pasó una hora mas en una lucha continua con las abejas, que buscaban su pelo y su barba para enredarse, por un instinto desgraciado que tienen, como las polillas, que buscan la vela para quemarse; esto lo tenía sumamente molesto, aunque entretenido á la verdad. Había adquirido el hábito de hablar solo, desde que traía entre manos los amoriños con Celia y Clotilde, y comenzó á decir estas palabras:

— ¿Qué es estar de parada? Es estar sujeto á las órdenes de un miserable, órdenes que se reducen á privarme de la libertad de silbar, de estornudar, etc., etc. Es decir que mi libertad natural está restringida por una pasión vil, que me dará por resultado un par de cafuches. Es decir que he cambiado la libertad genuina, la aristocracia del yo, por un plato de lentejas, como Esaú. Porque, á decir verdad, yo me hallo sujeto en este momento con todas las trabas sociales que Dimas me ha querido imponer. Es decir, que las pasiones entran en la libertad, y si la entran también las necesidades, que son las arterias del movimiento social ¿en qué viene á parar la libertad genuina? Si por todas partes se le recorta una pluma á esta primorosa ave del paraíso, ¿cómo es posible que levante su vuelo majestuoso desde el Huila hasta el Chimborazo? Y habiendo nacido el hombre con pasiones y necesidades...

Al decir esto lo interrumpió un grito de Dimas:

— ¡Abajo, don Demóstenes! ¡Abajo con todos los diablos, que los cafuches se regaron, y yo tengo tres casi cogidos! ¡Pero búllase, cristiano!

Don Demóstenes se fijó en el punto de donde habían partido los gritos y con la escopeta en la izquierda y el cuchillo de monte en la derecha, emprendió la travesía de un largo trayecto de bosque; habría caminado dos cuerdas, cuando se halló metido de golpe en un escondrijo de unas piedras y un enjambre de ramas y bejucos, en donde estaba escribiendo un ermitaño sobre una petaca de cuero, y á lo que este levantó la cabeza, don Demóstenes lo conoció y le dijo:

— ¡Ríndete, malvado!

— Con trabajo, le contestó don Tadeo, porque él era el escritor, cogiendo un puñal que estaba sobre la petaca.

— Lo veremos, dijo don Demóstenes, y disparó la escopeta, sin intención de matarlo, pero aprovechándose de la sorpresa, se lanzó sobre su enemigo y le cogió la mano en que tenía el puñal.

Se quedaron luchando los atletas y don Demóstenes gritó:

— ¡Acá, compañeros todos!

Después de varios esfuerzos cayeron los dos mortales enemigos al suelo, logrando don Demóstenes la suerte de quedar encima, á tiempo que su compañero volaba como un pájaro por entre los árboles, aprovechándose de una huella que ya conocía, para acercarse al lugar donde había oído el tiro de la escopeta, pues hacia rato que caminaba en busca de su camarada y adjunto.

— ¡Acá! volvió á gritar don Demóstenes.

— ¿Lo mató? le contestó ñor Dimas, trotando por entre los árboles.

— Está vivo, pero lo tengo debajo.

— Póngale la rodilla en el pescuezo, para que no lo muerda, y amárrele las patas, aunque sea con el pañuelo del pescuezo.

No tardó mucho en llegar ñor Dimas al sitio de la pelea, al mismo tiempo que don Tadeo logró soltarse por medio de un sacudimiento, y corrió á botarse por un precipicio, donde se perdió de vista por entre las ramas que cubrían el fondo. Ayacucho se quedó latiendo en la orilla, después de una indecisión que se podía reputar por traición; don Demóstenes se había quedado sin fuerzas, y ñor Dimas no se resolvió á echarse por el precipicio, porque el que persigue no lleva la misma decisión del que huye, por un principio general de estrategia.

Juntos registraron el campo, y hallaron en la covachuela montana del gamonal, plumas, tinta, papel sellado y comun, la recopilación granadina, una botella con un poco de aguardiente de anís, un puñal, y entre varios papeles sueltos, se hallaba uno que decía:

« Señor don Tadeo Forero: mándeme Vd. un modelo de las declaraciones que han de dar los cinco testigos. Sabrá Vd que la clase descalza de la sociedad está sufriendo la esclavitud; porque la mayoría del cabildo se

compone de los oligarcas de botas. La tiranía de los hacendados es cada día mas insoportable, y están poniendo en ejecución el Código penal. Solo en Vd. tenemos la esperanza de que no fenecerán las conquistas de la libertad. No se fie Vd. del viejo Elías, que es de los que mascan á dos carrillos, como se lo tengo advertido; y sin embargo hay cosas en que nos puede servir. Mande á su afectísimo,

» PASCUAL ACUÑA. »

— Déjese de leyendas, ñor don Demóstenes, dijo el cazador en jefe, escondamos esta petaca con todos los papelajos, y vamos adelante con nuestra cacería, y *en-después* nos contaremos todo lo sucedido. Pero lo que si me parece es que Vd. no ha cumplido con las obligaciones de la parada. Yo levanté la manada del salitre del Palmichal, y la iba siguiendo de para arriba, cuando me encontré los cafuches, que se volviap chasqueando las quijadas y con el espinazo erizado; y eso fué que usted se puso á conversar con alguna perillana, lo que menos, y se nos ha perdido el tiro principal de la cacería de los cafuches, que era matar una docena en la montaña de Santa Tecla. Con ser que le encargué que no fumara tabaco por las narices, ni se fuera á bullir de su puesto; y así; para qué diablos se mata uno bregando por todas estas honduras! Con que Vd. me hubiera dicho por lo claro que no era capaz de ser cazador, con eso había sido bastante para no dejar yo mis ocupaciones. Ya se me había puesto que Vd. no era capaz.

— ¿Que no soy capaz? ¡Viejo miserable! ¿De qué no soy capaz? Soy capaz de pararlo á Vd. en la cabeza por insolente.

— ¿Y yo no seré capaz de plantarle, ñor don Demóstenes? ¿Y para pararme en la cabeza fué que Vd. me convidó á los montes de la Hondura? ¡Cachaco majadero! Yo me quedaré solo, que para matar tres cafuches que tengo encerrados en los bovedales, yo no necesito de nadie; y uno chiquito, que me lo tiene encargado la niña Manuela, ese lo cojo á tientas.

— ¿Chiquito? preguntó don Demóstenes, instigado por la pasión ardorosa de la cacería.

— Aparente para criarlo, dijo ñor Dimas.

— ¿Y dice Vd. que se puede coger?

— Con que los he dejado encerrados en una cueva y tapada la puerta con palos y piedras. Lo que tiene es que debemos irnos aprisa antes que busquen alguna otra salida.

Los cazadores son como los amantes, que pelean y se reconcilian sin saber cuándo ni á qué hora, y esto consiste en que los une el mismo interés. Partieron los dos camaradas, tan acordes, como si nada hubiera pasado, en busca de los cafuches.

Cuando se acercaban á la cueva, dijo don Demóstenes:

— ¿Qué hago, taita Dimas, que me muero de sed? ¿Dónde encontraremos una quebrada?

— Está muy lejos; pero hay un palo por el cual corre una cañería entera, y es muy saludable para varias enfermedades.

— ¿Y en dónde lo hallaremos?

— Aquí, véalo su merced: este bejuco, que se llama agraz, está lleno de agua; pero hay que cortarlo por el lado del cogollo y por el pié á la vez, porque si no el agua se esconde y el palo se queda seco. Y si no lo quiere creer, abra la boca que ahí va.

Dió Dimas dos cortes consecutivos, y salió de un grueso bejuco un chorro de agua, de la cual bebió toda la que quiso el bogotano, y con el resto se lavó las manos y la cara, y al terminar dijo al estanciero de la montaña:

— Usted es un Moisés, que hace salir agua de los palos al tocarlos con el filo de su cuchillo. Vamos ahora á coger los cafuches encantados.

Pronto estuvieron en la puerta de la cueva, y habiendo recogido palos de leña y hojas de palmicha seca, ñor Dimas sacó candela:

— Ahora sople con todas sus fuerzas, para formar una hoguera buena.

Don Demóstenes obedeció la orden, pero afectado por el humo, hubo de retirar la cabeza muy pronto para limpiarse los ojos.

— Sople hasta que se revienta; ¡sople, sople, no sea tan flojo!

— Siento no haber sido cocinero, taita Dimas, para satisfacer las exigencias de usted.

— Ahora no hay diligencias que valgan, sino es soplar y mas soplar, hasta que la llama se levante tan alta.

— Es que yo le puedo dispensar á Vd. el que me dé café asado para mi almuerzo; Rosa me dió rostro de café, la noche que posé en Malabrigo, y le confieso á Vd. que no me gustó.

— ¿Luego qué, está pensando en el almuerzo? No se afane tanto. Hay que hacer una buena hoguera, luego pasar los tizones á la puerta y armar allí mas candela para llenarles la cueva de humo y obligarlos á salir; los esperamos en la puerta con nuestras armas y los matamos.

— ¿Y el chiquito para Manuela?

— Ese se ataja y se coge en la puerta. Con que sople su persona, porque esa candela no adelanta nada.

Así que ñor Dimas hubo juntado la leña suficiente, y que la hoguera estuvo bien encendida, puso de centinela á don Demóstenes en la puerta de la cueva, con la escopeta preparada; comenzó á destapar dicha cueva y á formar en la puerta una hoguera mayor, de la cual entraba el humo á las concavidades del subterráneo,

Algunos murciélagos salían de golpe, haciendo retirar la cara de los cazadores, y una culebra, quizá pisada por los cafuches, emprendió su salida, pero al llegar á la candela, retrocedió.

Las horas se pasaron en la operación de echar el humo á la cueva, y los cafuches no se daban por notificados. Ñor Dimas estaba sin camisa, y se le veían correr del pecho rios de sudor, y don Demóstenes tenía los ojos colorados de llorar, por causa del humo, ñor Dimas se trepó por unas piedras y barrancos, y desapareció por unos pocos minutos, hasta que volvió echando pestes y reniegos.

— El diablo anda metido en la cacería, porque esta cueva tiene una chimenea mas grande que la puerta del infierno, y los condenados cafuches metidos por ahí en algun rincón, no tienen para qué sentir el humo. Toda la culpa la tuvo la parada, porque si los marranos no hubieran sentido ruido, allá estarían corriendo en los montes de Santa Tecla, que es un corredero de lo mas seguro, de lo mas hermoso que puede darse, y sin cuevas ni precipicios. Pero sabremos para otro día.

— ¿Y ahora, qué hacemos? preguntó don Demóstenes.

— Me meto con la lanza y Vd. los espera, si es que todos no quedan muertos adentro.

Diciendo esto, ñor Dimas le recortó el palo á la lanza y se metió con los dos perros. Duró algun tiempo la cueva en silencio, porque era muy grande y tenía algunas divisiones de lajas, lo cual dificultaba la llegada del audaz cazador hasta el punto en que estaban los cafuches, á los cuales buscaba en las tinieblas por un ronquido especial que ellos tienen, y por los chasquidos que hacían con las quijadas de cuando en cuando. De golpe latió uno de los perros, y el sonido se prolongó tanto, que don Demóstenes quedó espantado. Ñor Dimas gritó á ese tiempo:

— ¡Ahí le van, don Demóstenes!

En efecto, salieron dos cafuches, uno herido y otro sano, pero el cazador de reserva mató uno y otro con los dos tiros de su escopeta. Ñor Dimas salió ensangrentado, y al ver los cafuches tendidos, saltaba de gozo y colmaba de abrazos á su segundo, al cual informó de que adentro quedaba otro muerto.

— ¿Y el cafuchito para Manuela? preguntó el bogotano.

— Ese lo tengo por cogido.

— ¡Viva el ciudadano Dimas! ¡Viva el bizarro! ¡Viva el denodado! ¡Viva el valiente Dimas!

Volvió á entrar ñor Dimas y sacó el café arrastrando y el chiquito en los brazos con el hocico amarrado.

Desenvolvió un pequeño fiambre que llevaba en una mochila y comieron sentados sobre la hojarasca, tan contentos como si hubiesen echado abajo un gobierno constituido. Ñor Dimas colmaba de elogios á Sargento y á Reló, sin que Ayacucho pudiese obtener este premio, porque no hizo sino latir. La educación es la que forma el carácter, y al pobre Ayacucho nadie lo había enseñado á cazar cafuches, sino á cargar los zapatos y el farol.

La noche se acercaba por instantes. Ñor Dimas dejó colgados en los árboles dos cafuches y se echó otro á las espaldas, y don Demóstenes cargó en sus brazos el cafuchito. Para dar con la senda principal debían pasar por la covachuela de don Tadeo, y en efecto, dieron con ella; pero se quedaron sorprendidos de no hallar la petaca de los papeles, sino el hueco vacío donde la habían dejado.

— ¡Cómo siento esos papeles! exclamó don Demóstenes.

— Y yo la petaca, porque á Melchora se la tenía destinada.

— ¡Qué lástima!

— Pierda cuidado su persona, que esa petaca la cojo yo, como ser José Dimas Camero.

— ¡Oh, cuánto bien le hiciera Vd. á su parroquia!

Caminaron á buen paso los cazadores, pero cuando salieron á las cercanías de la parroquia, ya eran cerca de las ocho. En todo el camino no habló don Demóstenes ni una sola palabra, ni acerca del cafuchito, ni acerca de ninguna de las ocurrencias del día. Había una idea que lo ocupaba mas que todas las cacerías y todos los conatos del mundo, y era la de saber si su amada ex-Celia lo amaba como en otro tiempo, ó lo había aborrecido por el pecado social de intolerancia. Esa noche, aunque cansado, no pudo dormir, y se levantó temprano á dar cuenta del hallazgo del gamonal.

Todos los parroquianos se sobrecogieron de espanto, pero cuando se trató de ir á buscar á los montes al monstruo, nadie quiso comprometerse, lo cual indica que en aquella parroquia, y quien sabe en cuántas otras, el medio mas aparente de gobernar al pueblo es el terror y no la justicia y la moderación. Por la fuerza logró don Demóstenes que fuesen los policías y los comisarios á buscar á don Tadeo, y ni aun el ciudadano Dimas quiso prestar sus servicios de baquiano, sino que se fué á recoger los dos cafuches que había dejado colgados, y trató de no sacar la cara donde lo viesan. Las pesquisas fueron inútiles; don Tadeo se quedó oculto entre las haciendas de don Matías y don Atanasio, y desde entonces comenzó á decaer el entusiasmo por el partido manuelista, ó sea el partido de los hacendados, á los cuales llamaba el patriota don Tadeo los oligarcas de la parroquia.

(Se continuará.)

Las cercanías de Paris.

MEUDON Y ROBINSON.

¿Qué parisiense no conoce Meudon y su bosque, su palacio y su terrado? Esta aldea que hizo célebre el alegre Rabelais, es un lugar de paseo al que acuden los habitantes de la capital con una marcada preferencia. Todos los domingos del verano invaden en tropel la estación del bulevar Montparnasse para dirigirse desde ahí á las hermosas arboledas que forman sus encinas, sus castaños y sus álamos. La primera visita es para el bosque: esto es de rigor. Ahí están la plaza de Ursine y la charca Adam, con su ciprés calvo y su tulipán del Japon de grandes flores encarnadas; ahí se encuentran el estanque de Villebon tan frecuentado, y á su lado el *Ermítaje*, que no es otra cosa que un café-restaurant, y la granja con su torrecilla cuadrada á la que dan sombra grandes cedros.

El palacio, que hoy pertenece al príncipe Napoleón, merece la pena de ser visto, y sobre todo lo que merece visitarse, es el terrado desde donde se descubre un magnífico panorama. Enfrente está la aldea y siguen los bosques de Fleury y el valle que cierra el viaducto del camino de hierro; mas allá se extienden la llanura del Sena y el bosque de Boulogne, y por último, en lontananza aparece Paris con sus cuevas de Montmartre que cierran el horizonte.

Una de las fachadas del palacio de Meudon tiene dos pisos, y es la que mira á Paris; la que cae al parque no tiene mas de uno. Este palacio no es el mismo de que hablan las crónicas y las memorias, el cual fué de-

molido bajo el primer imperio. Sucesivamente perteneció á la duquesa de Etampes, quien le vendió al cardenal de Lorena, y este mandó construir en lo alto de la colina otro palacio cuyos planos levantó el famoso Filiberto de Lorme. Luego Meudon pasó al superintendente Servien, despues á Louvois, y por último, al gran delfin, hijo de Luis XIV. Entonces reinó allí, con una

mos de dar crédito á esta inscripción que habia en el interior:

QUIETI ET MUSIS HENRICI II.

Meudon forma parte del departamento de Sena y Oise, canton de Sèvres, se divide en alto y bajo Meudon, y se extiende en anfiteatro sobre los flancos de una cuesta bastante escarpada. Dista de Paris ocho kilómetros.

Hablemos ahora de Robinson, en las cercanías de Sceaux, otro de los pueblos mas favorecidos por las visitas parisienses.

Casi nadie se detiene en Sceaux; todo el mundo, á pié ó en omnibus, se apresura á llegar al bosque de Aunay, donde muy luego las miradas se fijan en una bandera que flota en lo alto de un árbol, y encima de una puerta rústica se lee la palabra cabalística: *Robinson*.

Estamos simplemente en una accidentada plazuela llena de mesitas para los que gusten apaciguar la sed ó el hambre. La maravilla que da su nombre á este restaurant, es un castaño de dimensiones colosales cuyas robustas ramas sostienen dos tabladillos con balastradas, el uno mas alto que el otro, como formando dos pisos. En estos dos comedores aéreos se ven varias mesas puestas, y se sube por una ancha escalera afianzada por el tronco del coloso.

Los platos se suben en anchos canastos por medio de unas cuerdas y de varias garruchas. A decir

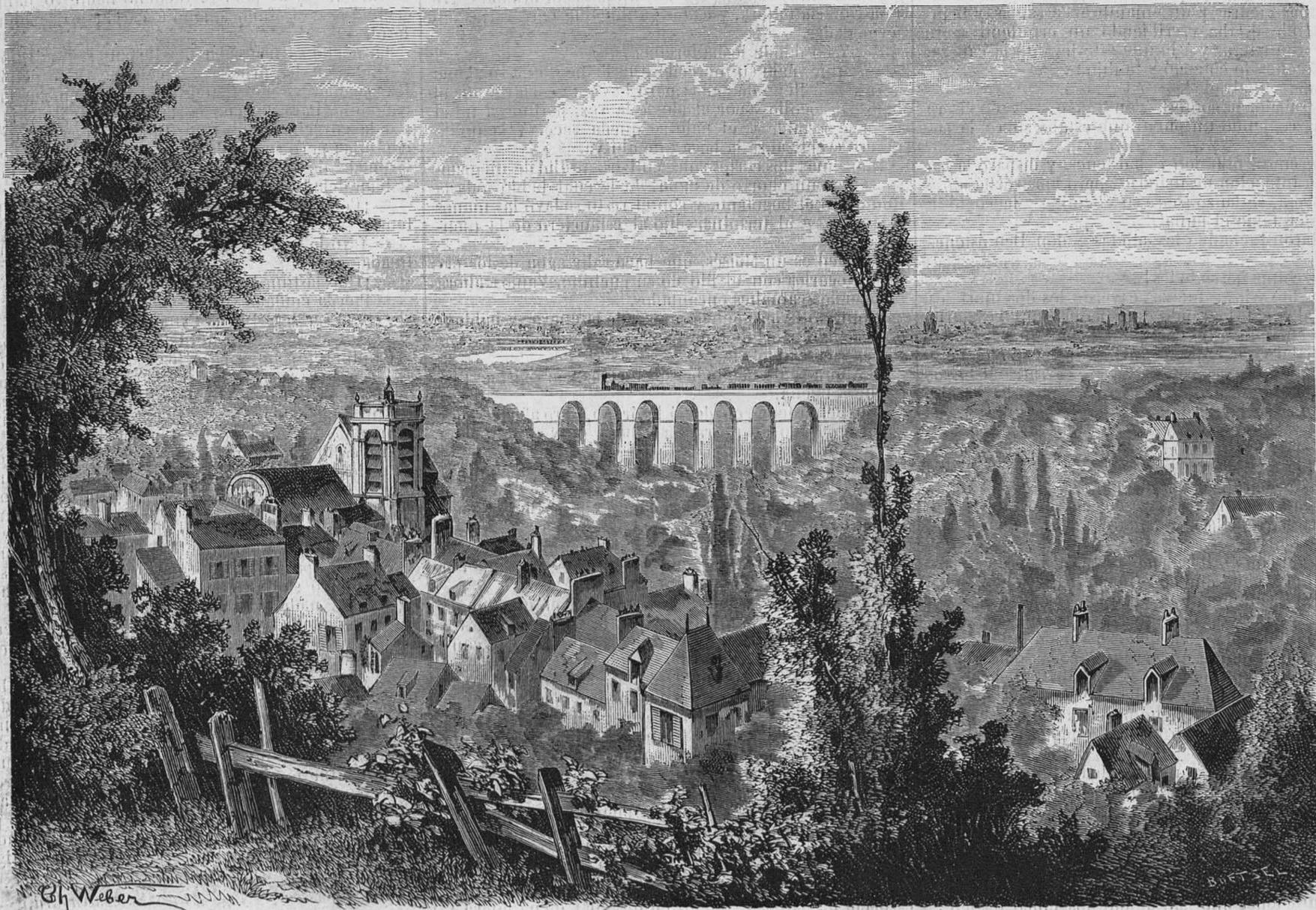
verdad, la pintoresca situación de las personas que se divierten comiendo en el aire, no recuerda en manera alguna al pobre Robinson en su isla, de modo que este nombre es aquí una invención de puro capricho. El espectáculo que en torno se descubre no tiene tampoco nada de comun con las austeras inspiraciones de la novela puritana de Daniel de Foy, siendo imposible pen-



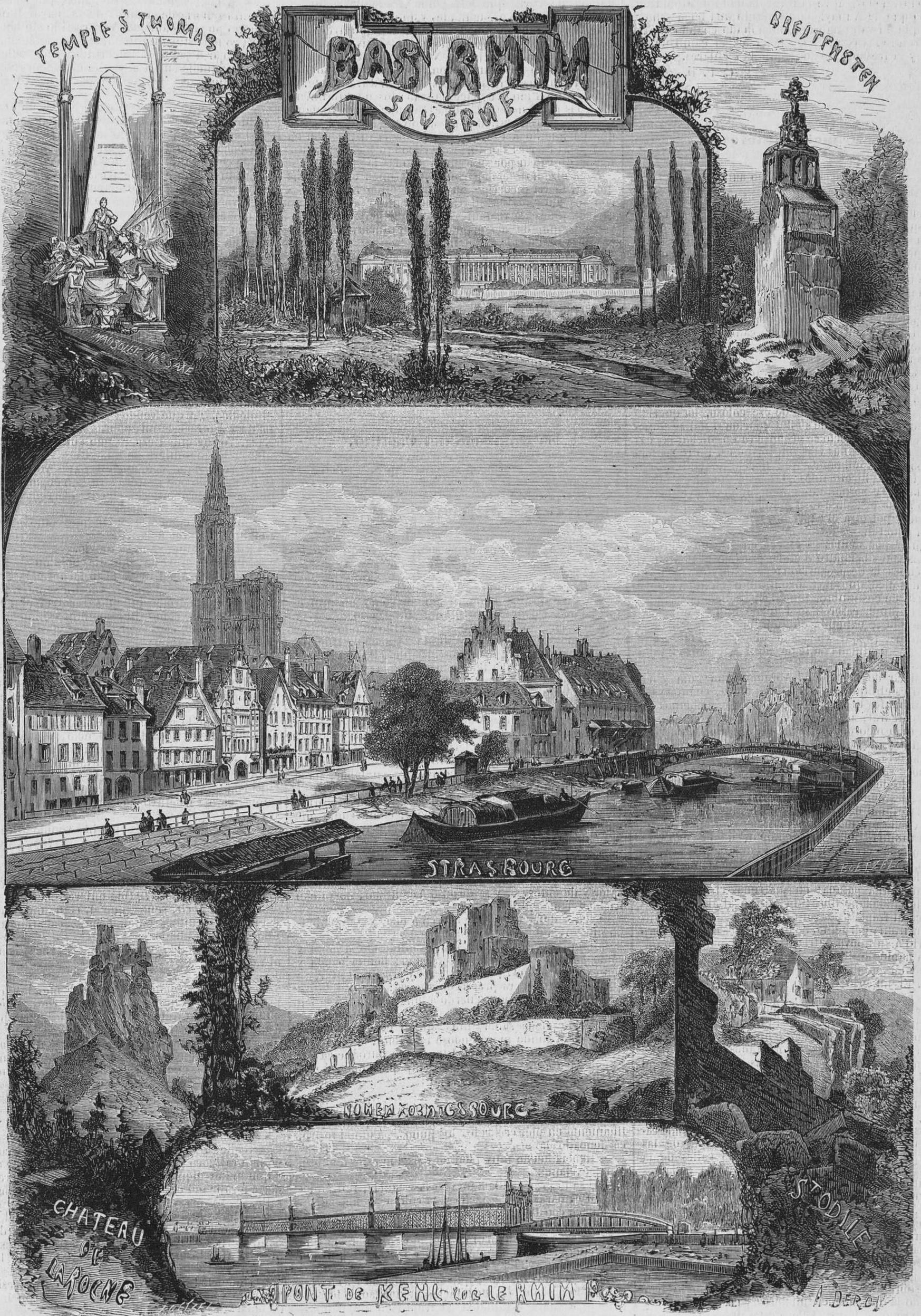
Las cercanías de Paris. — Robinson.

discreción digna de ser notada, la Maintenon de Meudon, Mlle Choin, que fué grande-delfina de la misma mano que la primera fué reina en Versalles.

El nuevo palacio se eleva en el sitio que ocupaba una gruta construida en el parque por de Lorme, en la época y por orden del cardenal de Lorena, para su sobrino Enrique de Guisa, quien iba allí á escribir versos, si he-



Las cercanías de Paris. — Meudon.



La Francia pintoresca. — El departamento del Bajo Rbin.

sar en soledad y en inocencia en medio del ruido de tenedores y de vasos, de los gritos de impaciencia de los habitantes del árbol que piden su comida, de las contestaciones de los mozos, de la alegría á veces demasiado pronunciada de la concurrencia, y de las continuas peticiones de los músicos ambulantes que ponen el colmo á la gritería con sus organillos, gaitas y violines.

De todos modos, el restaurant llamado de Robinson, en el bosque de Aunay, ha alcanzado una boga y nombradía que en vano habria ambicionado cuando no tenia otros atractivos que sus soledades, el canto de sus pájaros y la frescura de sus sombras seculares.

C. P. D.

La Francia pintoresca.

ESTRASBURGO Y EL BAJO RHIN.

Cuando llegado el mes de junio el parisiense, cansado de su capital, busca la sombra y la verdura y se imagina que todo esto lo encontrará en Baden, toma el tren express que por las llanuras de la Champaña y de la Lorena le conduce hasta las márgenes del Rhin.

Ya se oye el nombre de la última estacion; un accidente del terreno oculta el horizonte, y al rededor no hay mas que campos de espigas y praderas; pero muy luego aparecerá un llano, y en medio se elevará como el mástil de un inmenso buque el campanario de la catedral de Estrasburgo.

El hombre mas indiferente se conmueve y admira. Esa osada construcción que se levanta en los aires, ese prodigio de arquitectura, esa obra maestra de arte y de voluntad ejerce sobre todos una influencia legítima. La ciudad, que se agrupa al pié de ese coloso, ha querido conservar la fisonomía de su fiel guardian. Mal se tomaria que el señor prefecto se propusiera ensanchar las callejuelas ó alinear unas vias tan tortuosas. Entre las fortificaciones inexpugnables que hacen de Estrasburgo una de las mas formidables plazas de guerra, y la catedral, las casas se han ido aglomerando como al acaso: un nido se ha pegado á otro nido, y la comodidad por una parte y por otra el capricho, han arreglado la disposición general.

¡Singular por demás es el espectáculo que ofrecen esas casas con sus cuatro ó cinco pisos de graneros! Al pronto chocha la desproporcion; pero muy luego la reflexión nos dice que nos encontramos en una ciudad patriarcal, de costumbres sencillas, tradicionales. Aquí domina la mujer casera: su reinado está en esos graneros, donde se extiende en infinitas cuerdas la ropa de la familia. ¡Y qué ropa tan fina y tan sólida á la vez! ¡Y qué cantidad! La legía no se hace mas de dos veces al año.

¿Qué decir de la ciudad? Abramos una guía y nos dirá cuál es el número de los habitantes, cuántos son los monumentos históricos, qué es lo que debemos visitar, la catedral, las estatuas de Kleber y de Guttenberg, el mausoleo del mariscal de Sajonia, los paseos de Broglie y de Contades, etc.; pero cuando se haya visto todo esto, será víctima de una ilusión el que crea que conoce Estrasburgo.

En medio de la población, y en los sitios que ella frecuenta, es donde debe buscarse la verdadera fisonomía de la capital de la Alsacia; ahí es donde se encontrará ese sello original que recuerda la antigua ciudad libre, la municipalidad independiente de la edad media. A veces se creeria estar en Flandes, pues se observa el mismo espíritu de independencia, el mismo orgullo local. El habitante de Estrasburgo no se olvida de su autonomía pasada; en sus venas circula aun la sangre de ciudadano libre; no quiere al alemán y estima poco al francés por su frivolidad, su lenguaje ligero y su ironía perpétua. Se hizo francés en 1681, pero no adhirió á su nueva patria hasta 1789, porque entonces se le habló de libertad. La gran revolución le entusiasmó, y en aquella época fué francés de corazón y de alma. El imperio lisonjeó su antiguo patriotismo; sus hijos se hacían generales, y con orgullo repetían los nombres de Kleber, Rapp y Kellermann. Si desde hace algun tiempo sueña otra cosa, si entrevé en un porvenir lejano un federalismo mal definido aun, en una union vaga con todos los pueblos aglomerados en las orillas del Rhin, es que sus aspiraciones y tendencias no han hallado satisfacción, que ha llegado el desengaño, que con él aparece otra vez la antigua oposicion; en suma, que ha vuelto á ser lo que antes, hijo de Estrasburgo.

Dos rasgos caracterizan al pueblo alsaciano; mala cabeza, pero buen corazón. Penetremos en una de las innumerables cervicerías que hay en las calles de la ciudad y veremos mil ejemplos, una vez que podamos distinguir alguna cosa al través de la espesa nube de humo que sale de cien pipas. No obstante su apatía aparente, el pueblo es pendenciero; por fortuna, la cerveza es un gran calmante. Así en el Alto Rhin, donde hay mas vino que en el Bajo, ocurren una porción de escenas deplorables, donde sale á relucir el puñal, y que llevan á sus actores ante la justicia.

¡Cuántas interesantes y útiles observaciones podrian hacerse sobre el carácter alsaciano, tal como le han conservado la influencia climática, las tradiciones y el exclusivismo de la raza! Pero estas líneas no tienen la pretension de ser un estudio, sino una simple nota á

propósito de un dibujo que representa uno de los barrios mas pintorescos de la antigua ciudad de la edad media.

Séame permitido, no obstante, decir dos palabras mas sobre el Estrasburgo moderno, sobre el importante papel que está llamado á desempeñar, gracias á su posición en la frontera. Estrasburgo es la única ciudad, despues de Paris, que posee una Academia completa, compuesta de cinco Facultades y de una escuela de farmacia, y este desarrollo de la educación universitaria debía producir y ha producido en sus nuevos hombres sabios y alumnos estudiosos. No se podia elegir mejor posición. El rasgo de union entre la erudición alemana y la ciencia francesa se establecia naturalmente. El uso de ambas lenguas nacionalizaba los descubrimientos y las invenciones; las luces de una parte venían á completar los resultados de la otra. ¡Singular acaso que da asiento á lo mas elevado de la instrucción en una plaza fuerte! Por fortuna las conquistas de la inteligencia escapan por su esencia á todas las presiones.

Nada diremos del departamento. ¿Quién es el *touriste* que no le ha recorrido en todos sentidos? Los Vosges con sus antiguos castillos; Saint-Odile y su convento reciben miles de visitantes desde que hay un camino vecinal, uno de los primeros de Francia, que cruza en todos sentidos la montaña.

El industrial conoce Haguenau y sus campos de lúpulo, Bischwiller y sus paños, Klingenthal y sus fábricas de armas; el refinado sabe apreciar el pastel de *foie-gras* de Estrasburgo; el gloton no olvida la *choucroute*, ni el jamon; el mundo entero bebe la cerveza. Finalmente, todos aquellos que han visitado Estrasburgo hacen elogios de la hospitalidad que han recibido, de la cordialidad de los habitantes y de la lealtad que se observa en las relaciones.

J. L. L.

La Damisela del Castillo,

CUENTO

POR DON VICTOR BALAGUER.

(Continuacion.)

— ¿Y qué resolución es la vuestra?

— La de miraros como un amigo, como un protector, como un padre, pero no como un esposo.

Y al decir esto, la damisela del castillo tendió su mano al señor de Mongrony. Este no la aceptó. Quedóse estático y mudo, y á los pocos instantes, Dulce retiró su mano que continuaba teniendo extendida, y bajando los ojos siguió su tarea, como si la labor de su banda fuese lo único que la ocupara.

El conde Arnaldo sintió como toda su sangre le refluía al corazón, y ciego de cólera y de despecho se levantó bruscamente disponiéndose á salir de la sala. Sin embargo, al llegar á la puerta se volvió atrás y comenzó á pasear de un ángulo á otro por la estancia.

En cuanto á Dulce, inclinada sobre su labor, nada decia y ni siquiera levantó los ojos.

Largo rato permanecieron así, en esta violenta situación. El conde, serenándose un poco, comprendió que habia cometido una falta grave rechazando la mano que le tendiera la damisela. Sin embargo, el daño estaba hecho. Dulce estaba ya convencida de que no era el amor sino otra pasión ignorada la que habia obligado al conde á pretenderla para esposa. Se revistió pues de valor y de entereza, y se dispuso á contestar, no ya con frialdad, sino con dureza.

El señor de Mongrony se acercó á ella, y componiendo su semblante, volvió á sentarse á su lado.

— Bonita banda bordais, dijo examinando la labor y como para reanudar la conversacion; bonita banda y con expresivo lema: ¡Lealtad, amor y esperanza! Diríase que la destinais para prenda de amores.

— La destino como recuerdo á una persona á quien amo.

— ¿Y se puede saber, niña, quién es esa persona? preguntó el conde mordiendo los labios.

La palabra niña tan inoportunamente introducida por este en su frase, hirió á la damisela, que contestó con cierto desenfado y sin reflexionar:

— Mi page Rogerio.

Al oír el señor de Mongrony estas palabras, al ver aquella firmeza, serenidad y desenfado, se puso repentinamente en pié, crispados los puños, pálido el rostro, cárdenos los labios.

— Habis hecho muy bien en decirme este nombre, niña, exclamó.

Y se salió precipitadamente de la estancia, retirándose á su cámara. El despecho y la cólera le ahogaban. Su enlace con la damisela de La Roca era para él asunto de vida ó muerte. Lo habia ya participado á sus acreedores, y estos habian consentido en esperar á que se efectuase. El rompimiento de esta boda equivalia para el conde Arnaldo á la desesperacion y á la ruina.

Hacia ya unos instantes que se hallaba en su cuarto, entregado á profundas meditaciones, apoyados los codos en la mesa y hundida la frente en las palmas, cuando entró su escudero.

— Señor, le dijo, el médico judío Ben Jucef, que ha

estado ya dos veces en el castillo esta mañana á preguntar por vuestra señoría, solicita hablaros con instancia.

— Que se vaya enhoramala. No recibo, contestó el conde sin volver la cabeza.

Fuese el criado, pero no tardó en presentarse otra vez.

— Señor, el judío insiste, dice que debe hablar á vuestra señoría de asuntos de la mayor importancia y que no puede abandonar este castillo sin haberos visto.

El conde estuvo un momento pensando en si mandaria arrojar á palos al importuno, pero reflexionó que no era aquella su casa y que el menor escándalo en ella podia serle perjudicial para sus ulteriores proyectos.

— Que entre pues ese hombre, exclamó con aspereza luego que hubo terminado sus meditaciones.

El criado salió á cumplir la orden.

A poco penetraba en la estancia con lento paso y humilde compostura el médico rabino Ben Jucef.

Era un hombre ya de bastante edad al parecer, si habia de juzgarse por su blanca cabellera, por su talle encorvado, por las arrugas de su frente y por el baston en que se apoyaba para andar. Usaba el modesto traje que en aquella época vestian sus hermanos, y su nariz sostenia unas redondas y descomunales antiparras verdes.

El conde le abrazó por entero con una mirada de desprecio, y volviendo la cabeza en seguida, como si aquel corto exámen le hubiera bastado, le preguntó con marcada indiferencia y con el tono de alta superioridad que tomaban siempre los nobles al dirigirse á un judío:

— ¿Quién eres, á qué vienes, y qué quieres?

— Despues de besar humildemente los piés á vuestra señoría, dijo el rabino con un acento en que se notaba cierta leve expresion de sarcasmo, paso á contestar á vuestras tres preguntas. ¿Quién soy? Los criados de vuestra señoría deben haberle dicho que soy Ben Jucef el médico. ¿A qué vengo? A visitar al noble conde Arnaldo y á ofrecerle mis pobres servicios. ¿Qué quiero? Nada. Yo soy quien espera que vuestra señoría me manifieste lo que quiere de mí.

— ¡Yo! ¿Estás loco, anciano? ¿Sé yo quién eres, ni te he llamado por ventura? Te han engañado al decirte que podian serme necesarios tus servicios. No me hacen falta. Puedes retirarte.

Dijo esto el conde, levantándose como para dar por concluida la audiencia.

El judío, empero, no se movió.

— Pues no era esta, dijo, la opinion de mi colega Abraham ben Aben Herza al instarme para que viniera á ponerme á las órdenes de vuestra señoría.

Un ligero estremecimiento recorrió el cuerpo del conde Arnaldo, como si el nombre pronunciado por el judío le hubiese causado cierto sobresalto.

— ¡Ah! preguntó fijando en su extraño huésped una mirada escudriñadora, ¿tú conoces á Abraham ben Aben Herza?

— Hace ya diez y ocho años que nos conocemos y somos amigos inseparables, sin que haya secretos entre los dos.

Esta respuesta pareció sobresaltar aun mas al conde. Guardó este un instante el silencio, pero sin dejar de interrogar con su mirada al judío, que permanecia impassible y como indiferente al exámen.

— ¿Y tú?...

El conde Arnaldo iba á hacer visiblemente una pregunta, pero se detuvo de pronto y dió otro giro á la frase.

— ¿Y tú, volvió á repetir, has venido á verme por encargo de Abraham ben Aben Herza?

— Abraham ha creído que un hombre como yo podia seros útil en las actuales circunstancias.

— ¡En las actuales circunstancias! ¿Qué sentido encierran estas palabras? ¿Qué quieres decir?

— Quiero decir, señor, que si, como me atrevo á esperar, conseguimos entendernos, acabaremos por ser unos perfectos aliados.

El conde Arnaldo midió de piés á cabeza con la vista al rabino.

— ¡Aliados!

— Suplico á su señoría que no se ofenda por la expresion. Seria el modo de no entendernos, y de no concluir nunca. En tratándose de negocios, susceptibilidad á un lado.

— ¿Negocios! murmuró el conde con nuevo asombro.

— ¿Queréis que me explique claramente, señor? preguntó el judío, que cada vez parecia mas atrevido en su lenguaje.

— No deseo otra cosa.

— ¿Estamos solos?

— Perfectamente solos.

— ¿Nadie puede oírnos?

— Nadie. Y te advierto, buen rabino, que como soy de natural poco paciente, es indispensable que abrevies y que me expliques estos misterios, si no quieres exponerte á salir del castillo saltando por encima de la muralla.

— No creo que su señoría hiciera esto con el hombre que hace diez y ocho años se hallaba en casa de Abraham, cierta noche que en ella se introdujo misteriosamente á una joven religiosa de San Juan de las Abadesas...

— ¡Silencio! gritó el conde poniéndose excesivamente pálido y abalanzándose al judío como con intencion de taparle la boca con la mano.

Hubo un instante de silencio, que aprovechó el señor de Mongrony para dominarse y arrojar una mirada en

torno suyo, como si quisiera acabar de convencerse que estaban efectivamente solos. En seguida se encaró con su interlocutor.

— ¿Sabes tú, dijo bajando la voz, lo que acabas de decir? ¿Sabes que el hombre que ha pronunciado las palabras salidas de tus labios, no puede retirarse vivo de mi presencia si antes no me explica?...

— Cuanto queráis puedo explicaros, señor, contestó con toda tranquilidad el judío. Conozco perfectamente la historia á que me refiero, la conozco con todos sus pormenores y detalles. Oídla, y juzgad si no.

Y Ben Jucef prosiguió, bajando también la voz, mientras que el conde le escuchaba con profundo silencio, inmóvil y mudo como una estatua.

— En el camino que va de Puigcerdá á Ribas, oculta por unos matorrales, existe la boca de un conducto subterráneo que va á parar al claustro de San Juan de las Abadesas. Hace diez y ocho años penetraba cada noche en este subterráneo un noble caballero, á quien llamaban en el país el conde Arnaldo, después de dejar su caballo al cuidado de un servidor del judío Abraham ben Aben Herza, que allí le esperaba hasta el amanecer (1). Una noche, el caballero volvió á salir á la media hora escasa de haber penetrado en el camino subterráneo, acompañando una monja joven y hermosa, que estaba doliente y desfallecida, y que á duras penas pudieron trasladar entre el conde y su servidor hasta la casa del judío Abraham. Una vez allí, la bella religiosa...

— Ni una palabra más, interrumpió el conde, que estaba como azorado, pasándose la mano por su frente, bañada por una especie de sudor frío de agonía.

El judío se calló y no dijo una sola palabra más, esperando respetuosamente á que el conde rompiera el silencio.

No tardó este en recobrarle. Haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, pareció haber tomado su resolución. Volvió á revestirse del desenfado y la soberbia que eran en él naturales, y clavando sus ojos sin pestañear en el médico, le dijo:

— ¿Sabes en qué estoy pensando?

— ¿En qué, señor?

— En que apostaría mi cabeza á que no eres tú un judío como tantas demostraciones con tu traje y nombre.

El conde se creyó con esto haber anonadado á su interlocutor, pero estuvo muy lejos de suceder así, pues que el llamado Ben Jucef le contestó con una calma y serenidad que el noble caballero no esperaba:

— Y apostarla podríais sin temor de perderla, porque en efecto, no soy ningún judío. Gracias á Dios, soy tan buen cristiano como el primero.

Y diciendo esto, el llamado hasta entonces Ben Jucef se quitó sus antiparras verdes y su peluca blanca, mostrando una frente en la cual, si bien no lucía todo el ardor de la juventud, brillaba la enérgica resolución del hombre audaz y dispuesto á todo.

— ¡No eres el rabino Ben Jucef! ¿Quién eres, pues?

— Soy, señor conde, el criado de Abraham, que hace diez y ocho años os ayudó á llevar en brazos hasta la casa de su amo á la monja Sor...

— No hay necesidad de pronunciar ningún nombre, se apresuró á decir el conde.

Y en seguida añadió:

— ¿Conunús siendo criado de Abraham?

— Hace seis años que Abraham murió. Si he invocado su nombre, ha sido solamente para que me atendiérais.

— ¿Y con qué objeto has venido á mi?

— Con el de cumplir un juramento de venganza al propio tiempo que os facilito los medios de conseguirlo que más ardentemente desais en la actualidad.

(1) Histórico. Es fama que las religiosas del monasterio de San Juan de las Abadesas dieron lugar á graves escándalos con su conducta desarreglada, viéndose obligado el papa Benedicto VIII á expedir una bula de extinción de este convento de monjas, después de haber llamado á Roma á la abadesa y de haberla condenado en rebeldía por no haberse presentado. Una de las tradiciones que existen más vivas y localizadas en Cataluña es la del *comple l'Arnau*, la del conde Arnaldo, á propósito de este monasterio. Dicese que tenía relaciones criminales con una de las monjas y que penetraba en el convento por un subterráneo, cuya entrada se hallaba junto á la carretera que conduce de Ribas á Puigcerdá. Aun hoy se enseña la casa del conde Arnaldo, situada entre Ripoll y Candevano, que se llama de Parnau ó de Parnal. En la montaña de Mongrony, donde existía su castillo, se levanta hoy una capillita, y en ella se ve un gran cuadro que representa al conde Arnaldo en medio de las llamas del infierno, donde dicen que se halla por sus sacrilegos y criminales devaneos.

Existe una notabilísima canción popular en el país que recuerda el hecho de que se hace aquí mención. Supónese en ella que el conde Arnaldo, algún tiempo después de su muerte, se presenta á su viuda. « — ¿Por dónde habeis entrado? le pregunta esta. — Por la ventana enrejada, contesta el conde. — ¡Dios me valga! Toda me la habeis quemado, dice la mujer.

Después de una conversación sumamente original entre ambos personajes, en la cual el conde Arnaldo dice que habita en el infierno donde su caballo come almas condenadas en lugar de paja y cebada, termina la canción diciendo el conde: « — He venido solo para deciros que mandeis cegar aquella mina que conduce al convento de monjas de San Juan, y ahora, como que oigo ya cantar el gallo, estrechemonos las manos por despedido. — No en mis días, contesta la viuda, que demasiado me las quemaríais. » Y con este rasgo termina la canción.

— ¿Y sabes tú lo que deseo?

— Obtener la mano de la damisela Dulce. Vuestra señoría está decidido á casarse con ella, y ella empeñada en no tomaros por esposo. La damisela tiene un carácter firme y resuelto. Ha dicho que no sería vuestra esposa, y no lo será. Ahora bien, ¿sabeis por qué no quiere enlazar su suerte con la vuestra?

El conde Arnaldo comenzaba á sentirse dominado por aquel hombre, que parecía ser dueño de todos sus secretos.

— No quiere ser vuestra, continuó, porque ama á otro, y ese otro es Rogerio, un joven page del castillo. Sabedor hace un mes de tales amores el señor de La Roca, y creyéndolos acaso un mero capricho infantil, despidió á Rogerio y le mandó que abandonara en el acto el castillo.

— ¡Ah! exclamó el conde, que iba tomando interés en la conversacion, aviniéndose á conversar como de igual á igual con el antiguo criado del judío Abraham. ¡Ah! ¿el señor de La Roca despidió á Rogerio?...

— Sí, pero el page no se dió por despedido.

— ¿Cómo!

— Casi todas las noches, al sonar la campana del castillo la hora de la queda, da con ella la señal á Rogerio para que pueda acercarse á la torre llamada del Pino, donde tras de una reja le espera la damisela Dulce. Allí pasan la noche los dos amantes entretenidos en sabrosa y grata conversacion. Hasta ahora, señor, la reja ha permanecido entre los dos amantes, ¡pero acaso un día!...

— ¡Insolente! interrumpió Arnaldo. ¡Estás hablando de la damisela Dulce!

— No quiera Dios, señor, que falte jamás al respeto á la noble damisela. Quería solo deciros que hay rejas que también se abren. Recuerde si no vuestra señoría que las del monasterio de San Juan de las Abadesas eran tan fuertes y seguras como pueden ser las de este castillo, y sin embargo, no pudieron impedir que un joven y enamorado doncel penetrara en el asilo sagrado de las vírgenes del Señor.

La observacion debió parecer muy oportuna al conde Arnaldo, que guardó silencio.

— Ahora bien, prosiguió el extraño huésped, yo sé hasta qué punto os conviene casaros con la damisela Dulce, heredera de vastos dominios y poseedora de pingües tesoros. Siguiendo el plan que os propondré, llegareis á ser su esposo.

— ¿Pero quién eres tú, finalmente, que tanto sabes?

— Soy, ó por mejor decir, he sido escudero del señor de La Roca, á cuyo servicio entré luego de la muerte de mi primer señor Abraham. De seguro permanecería aun en mi puesto, á no haber sido arrojado ignominiosamente del castillo por causa del que hoy es amante de la damisela. Al salir de esta casa juré vengarme algún día, y...

— ¿Y hoy vienes á cumplir tu juramento?

— Hermanando mi proyecto de venganza con vuestro proyecto de boda.

El conde permaneció un momento entregado á serias reflexiones.

Por fin, clavando sus ojos en Erasmo, porque era el mismo Erasmo á quien ya conocen los lectores, le dijo:

— ¿A qué puedes comprometerte?

— A poner en vuestras manos al page Rogerio, y cuando en vuestro poder se halle, á comunicaros el proyecto que tengo ideado para hacer que la altiva damisela acceda á daros su mano de esposa.

— ¿Y qué condiciones pones á esto?

— Ninguna. Me basta para ello satisfacer mi deseo de venganza y serviros, salvo el que, para satisfacción de mi honra lastimada, me volváis á colocar en el puesto que ocupaba, cuando seáis esposo de la damisela.

El conde miró á aquel villano que hablaba de su honra lastimada como hubiera podido hacer un noble. Nada dijo empero, porque comenzaba á entrar en sus designios el hacersele suyo. Erasmo sabía demasiadas cosas para dejarle escapar.

— Necesito, sin embargo, tres cosas, añadió Erasmo.

— ¿Cuáles son?

— Que me presentéis al señor de La Roca como un médico judío conocido vuestro, para de esta manera poder habitar en el castillo y llevar á seguro puerto mis planes.

— ¿Y qué más?

— Que me concedais un plazo de ocho días.

— Falta la tercera parte.

— Que pongais á mis órdenes un hombre de entera confianza, fiel, adicto, resuelto á todo, que nada me pregunte y que me obedezca en todo, un hombre en quien pueda contar como en mí mismo.

El conde hizo seña á Erasmo para que volviera á tomar su disfraz, y en seguida dió una palmada.

Un criado se presentó.

— Que suba Bocanegra, dijo el señor de Mongrony.

Algunos momentos después aparecía un nuevo personaje en el umbral de la puerta. Era un hombre de agigantada estatura, de fornidos miembros, de facciones duras y pronunciadas. Ocultaba su labio un bigote retorcido, sus ojos casi desaparecían bajo las espesas y pobladas cejas, bajo las cuales brillaba el rayo de su sombría mirada, y una enorme cicatriz que aparecía en su frente acababa de darle un aspecto repugnante. Aquel hombre tenía algo de carcelero y algo de verdugo.

El conde se lo indicó con un gesto á Erasmo.

— Me place, dijo este.

— Acércate, Bocanegra, exclamó entonces el caballero.

Bocanegra se adelantó, haciendo temblar el suelo con sus pisadas.

— Aquí tienes á un médico judío que se llama Ben Jucef, dijo el conde, señalándole á Erasmo. Por ocho días será tu amo y le obedecerás en todo, sin chistar, sin la menor réplica, á ciegas.

Bocanegra se inclinó.

— Ya lo sabes, vete ahora á esperar sus órdenes, le dijo el conde.

Y Bocanegra, después de haber saludado, volvió la espalda y se marchó sin despegar los labios.

— Ahora, vamos á ver al señor de La Roca. Pero ¿estás seguro que no te conocerá?

— Este traje me haría desconocer á las miradas de mi propio padre, contestó Erasmo.

— Vamos, pues.

Y entrambos salieron de la estancia.

V.

DE COMO ACONTECE Á VECES IR POR LANA Y VOLVER TRASQUILADO.

Conforme Erasmo dijera al conde, todas las noches, ó la mayor parte de ellas al menos, Rogerio se acercaba á la reja de la torre del Pino, tras de la cual le esperaba la damisela Dulce.

Una noche que había recibido la ordinaria cita por conducto de la bondadosa dueña, Rogerio abandonó la casa de su abuela Amaltrudis, y envolviéndose en su capa se dirigió hácia el castillo, cuando la campana de este precisamente acababa de dar el *seny del lladre*. La señal del ladrón, así llamada, era el toque que á las once de la noche, poco más ó menos, dejaba oír la campana del castillo señorial para advertir que era llegada la hora del retiro y también la de la vigilancia, por ser la á que acostumbraban salir de sus guaridas los malhechores con objeto de entregarse á sus tropelías.

La damisela estaba ya en su sitio aguardando al page.

— ¿Qué es lo que tienes, Rogerio? exclamó Dulce al verle acercarse á la reja pensativo y sombrío. ¿Por qué está nublado tu rostro? ¿Por qué tus ojos no despiden como otras veces, al llegar, apasionados rayos de amor y de ternura? Mi dueña me ha dicho que esta tarde, cuando ha ido á verte, tenias los ojos hinchados como si hubieses llorado ó velado mucho. ¿Qué es eso, Rogerio?

— Es que estoy triste, damisela Dulce, y en vano me pregunto, y en vano trato de adivinar la causa. Un presentimiento que no me acierto á explicar me prensa el corazón y me ahoga. Somos bien infelices, damisela. Como los criminales, solo podemos vernos de noche, y mientras tú pasas el día encerrada en tu solitaria habitación, yo gimo entre los muros de la pobre casa de mi abuela, sin atreverme á salir, porque se me figura que todos han de leer pintado en mi rostro el amor que tengo á la damisela del castillo. Si vieras cuánto envidio la suerte de las avejillas que algunas veces se detienen en el antepecho de mi ventana. ¡Ay! ellas son libres y cantan su libertad.

— ¿Deseas pues ser libre, Rogerio? ¿Deseas partir acaso?

— No, eso no. Tu amor puro de ángel recompensa todos mis sufrimientos, paga con usura toda mi esclavitud, pero algunas veces pienso que en lugar de permanecer, tú tras de esa reja, yo en la pobre casa que tiembla cuando pasa el huracán, podríamos, libres como el aire, recorrer los prados y las vegas, mirándome yo en el cristal de tus ojos, dejando tú caer la frente sobre mi pecho, que palparía estremecido de amor á su contacto. ¿Qué importa que abandonases un palacio, un séquito de servidores y una nube de guardias? En cambio, yo te daría bóvedas de follaje que balanceándose sobre nuestras cabezas nos inundarían con una lluvia de aromas, campos de flores que extenderían sus alfombras á tus plantas, horizontes inmensos que te formarían un rico dosel de azul bordado de estrellas, y pájaros y aves que entre la enramada cantarían nuestro amor y nuestra ventura.

— Rogerio, Rogerio, es un delicioso sueño que ya has tenido otras veces y del que te ha sido forzoso despertar. Yo no puedo, yo no debo abandonar al pobre anciano que, tíjos los ojos en el reló, cuenta los granos de arena que le faltan para bajar á la mansión de los sepulcros.

— Es verdad, murmuró Rogerio, y descansó su abrasada frente en los helados hieros de la reja.

Hubo un instante de silencio entre los dos amantes.

El viento gemía melancólicamente entre el follaje, y de cuando en cuando furiosas ráfagas iban á azotar con hábito abrasador el rostro de nuestros dos amantes. La luna, que poco antes brillaba pura y tersa en el horizonte, se escondió en un torbellino de nubes que invadieron el espacio y que comenzaron á rodar sus negruzcas olas por el cielo. Entre una de las ráfagas que fué impetuosamente á estrellarse entre las paredes del edificio y á introducirse con lúgubres silbidos por la reja, llegó, cortada de su tallo, una de esas peregrinas flores de azahar, que dando contra uno de los hierros de la ventana, cayó marchita casi y descolorida entre los dos jóvenes.

Rogerio se bajó á cogerla.

— ¡Pobre flor, pobre hermosa planta! dijo. El soplo de la tempestad te ha arrancado á tu nutridora rama, y, combatida por los vientos, juguete de la tormenta,

has ido á morir lejos del árbol que perfumabas con tu incienso. ¡Pobre flor! Mi corazón es todo amor como has sido tú aroma. Sañudos vientos de borrasca vendrán algún día á combatir este amor, y Dios quiera que no se deshojen sus flores llevadas en alas de los huracanes.

Y Rogerio volvió á dejar caer su frente sobre los hierros de la reja. Dulce pasó su blanca mano por entre la reja y la depositó entre las manos calenturientas de su antiguo page.

Comenzó entonces entre ambos una conversación llena de encanto y de ternura, de melancolía y de goces íntimos, conversación que duró hasta que el cielo, que desde un principio amenaba tempestad, comenzó á arrojar gruesas gotas de lluvia sobre su frente.

— Rogerio, exclamó Dulce entregándole una banda, toma esta banda que para tí he bordado. Su lema dice: *Lealtad, amor y esperanza*. Sé pues leal, sé amante, ten esperanza, mi pobre page, y Dios vendrá en nuestra ayuda.

— Dulce, preguntó el page, entregado por entero á sus impresiones y tomando maquinalmente la banda que á través de la reja le alargó su amada, ¿quién es un juicio que de algunos días á esta parte habita en el castillo?

— Un médico rabino que el conde Arnaldo ha presentado á mi abuelo como un famoso sabio, conocedor de muchos secretos y de muchas plantas para alivio de las dolencias.

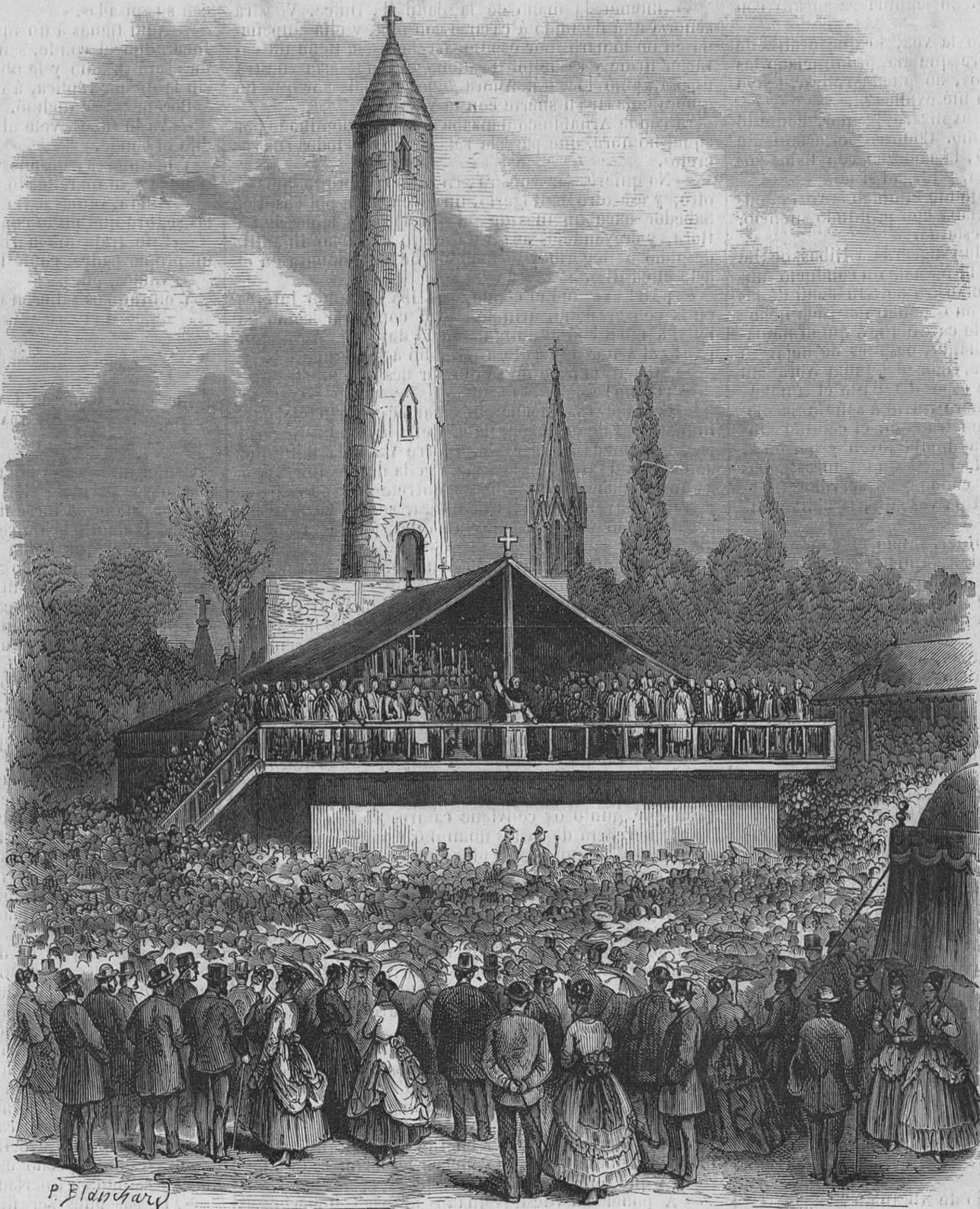
— Le he sorprendido examinando con mucha atención la casa de mi abuela Amaltrudis.

— Yo vigilaré.

La lluvia que había comenzado á caer se desató entonces con furia. Rogerio puso la banda sobre su corazón, estrechó y llevó á sus labios la mano que le tendió la damisela, y abandonando la reja, se dirigió por bajo las oscuras bóvedas de follaje hacia el pueblo de La Roca, donde estaba la pobre casita de Amaltrudis.

La conversación con su amada había en parte disipado las ideas fúnebres y melancólicas que germinaban en su mente: su corazón, rebosando amor y ternura, pensaba solo entonces en la vida de felicidad inmensa que podría disfrutar al lado de la damisela, si el horizonte, hasta entonces encapotado, se abría y despejaba benéfico, dando paso á un rayo de sol que fuera á saludar, signo de esperanza, á los dos amantes, como fué un rayo de luz, signo de la misericordia divina, á teñir de sublimes resplandores las frentes de los mártires de Constantina.

Seguía en tanto lloviendo. El bosque por el cual atravesaba Rogerio parecía lleno de mil rumores, los árboles temblaban á impulsos del viento y agitaban furiosamente sus ramas como hileras de gigantescos fantasmas con las cabelleras desplegadas; el cielo aparecía oscuro y liso como una bóveda de plomo; solo algunas veces se entreabría para lanzar de sus entrañas el rayo, y por un momento podía verse entonces, como la realización de un sueño sombrío, negros castillos de nubes cerniéndose en los aires. La lluvia fué arrojando por momentos, y comenzó á caer con esa prodigalidad asombrosa que á veces nos hace dudar si estará lloviendo hasta la consumación de los siglos; por todos los puntos del bosque el agua se abría paso, precipitándose en bulle catarata; la senda que seguía el page estaba convertida en un río; cada vez se iba cerrando más el cielo, y se hacía más profunda la oscuridad; los rayos se sucedían sin interrupción, y los truenos se dejaban oír unas veces con sordos y prolongados rugidos, y otras con estruendos y secos estallidos, como si se deshicie-



IRLANDA. — Ceremonia fúnebre celebrada en Dublin en honor de O'Connell, el 14 de mayo de 1869.

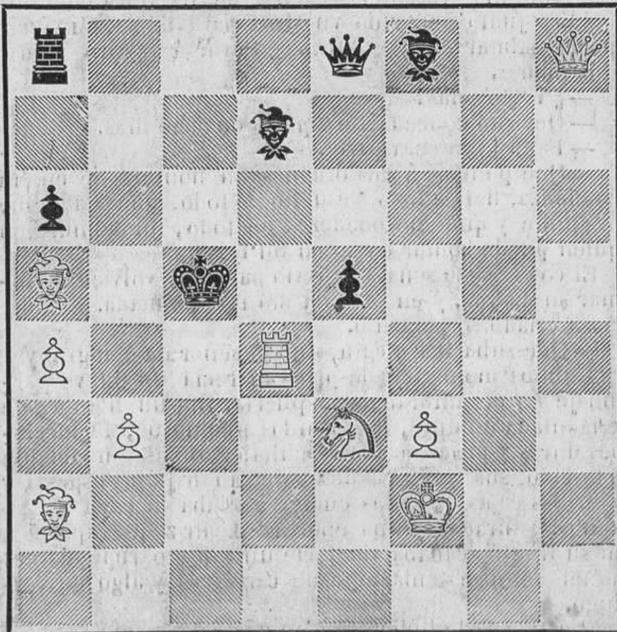
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 288.

- | | | |
|---|----------------------|----------------|
| 1 | C 2ª ARª jaque | R 2ª T (mejor) |
| 2 | C c. TRª | P toma CRª |
| 3 | P 5ª TR | Rª toma A |
| 4 | P toma C jaque-mate. | |

PROBLEMA DEL «CORREO» NÚMERO 289.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

ran á pedazos y como si las montañas vecinas se rajasen gimiendo de dolor en sus cóncavas profundidades.

Rogerio miró á todos lados en busca de un refugio para dejar pasar la furia de la tempestad, y á la luz de un rayo pudo distinguir inmediata una de esas chozas que á veces se labran los leñadores en el bosque para guarecerse. Se encaminó rápidamente hacia ella. La puerta, construida toscamente con ramas y trencos de árboles, estaba cerrada. El page, antes de decidirse á forzarla, para procurarse un abrigo, llamó á ella por si la casualidad hacia que estuviese habitada la choza en aquel momento. Debía estarlo, porque le pareció oír cierto rumor extraño. Volvió entonces á repetir los golpes, acompañándolos con la voz:

— Buena gente, exclamó, abridme por favor la puerta y dadme asilo hasta que pase la tempestad.

— Seguid vuestro camino, contestó desde el interior una voz bronca. — No puedo seguirlo; el agua cae á torrentes y lo ha cortado por varios puntos. Dadme asilo por unos momentos y Dios os lo tendrá en cuenta.

Le pareció entonces notar á Rogerio cierto cuchicheo como de personas en el interior de la choza.

La voz bronca se dejó oír á los pocos instantes.

— Decidnos quién sois. Nosotros no abrimos á gente desconocida.

— Soy un hombre honrado. No temais. Me llamo Rogerio, y vivo en el vecino pueblo de La Roca, en casa de mi abuela, la anciana Amaltrudis.

Como si este nombre hubiese hecho cierta sensación en los habitantes de la choza, percibió entonces Rogerio claramente el rumor de dos ó mas personas que se ponían en movimiento, y oyó la voz de una de ellas, pero sin poder distinguir lo que hablaba. Pasóse un largo rato, y se disponía ya Rogerio á aporrear de nuevo la puerta, pues la lluvia arreciaba, cuando sonó la misma bronca vez diciendo:

— Aguardad un poco á que encendamos luz, y os abriremos.

El page se mantuvo quieto con esta invitación, oyendo como en el interior de la choza sonaba rumor de pasos, notándose cierto movimiento en las personas que la habitaban. La puerta se abrió por fin á medias, dejando solo el hueco suficiente para dar paso á un hombre, y la misma voz de siempre exclamó:

— ¡Adelante!

Ni siquiera observó Rogerio que, lejos de haberse encendido luz, como se le había dicho, la cabaña estaba oscura como boca de lobo. Lo mismo fué hallar entreabierta la puerta que lanzarse al interior, huyendo de la tempestad que se desencadenaba cada vez con mas violenta furia.

— ¡Alabado sea Dios! dijo el page al entrar.

Y extendió los brazos como para guiarse en la oscuridad.

— Amen, contestó la voz bronca.

Eran el saludo que se acostumbraba entonces al entrar en una casa y la contestación que se recibía.

Solo dos pasos pudo dar Rogerio. Sus manos no tropezaron con ningún obstáculo, pero no sucedió lo propio á sus pies, que se enredaron en una cuerda atravesada á dos palmos del suelo, haciéndole caer cuan largo era. En el mismo instante le arrojaron una manta encima, y un hombre, al parecer de hercúlea constitución, cayó sobre él en pos de la manta, sujetándole y quitándole el libre uso de sus miembros, mientras que otro acudió en seguida á atarle los pies.

(Se continuará.)